Antología esencial

Charles Baudelaire

Selección, traducción, prólogo y notas de Rodolfo Alonso

Fundación Editorial
elperroylarana

COLECCIÓN
Poesía del Mundo
serie
Antologías

Colección Poesía del Mundo
Serie Antologías

Antología esencial

Charles Baudelaire

(1821-1867)

Fundación Editorial
el perro y la rana

Charles Baudelaire

Antología esencial

Selección, traducción, prólogo y notas de Rodolfo Alonso

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Fundación Editorial El **perro** y la **rana**

© Fundación Editorial El perro y la rana (edición digital), 2017
© 1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana (impresa), 2009
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas (1010), Venezuela.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Edición: Giordana García y Jesús Rodríguez
Corrección: Julio Bustamante
Diagramación: Raylú Rangel

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017000858
ISBN 978-980-14-3736-9

Poesía del Mundo, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas, he aquí un proyecto editorial cuya finalidad es ofrecer las muestras más preciadas de la palabra poética. Esta colección aspira a crear un espectro de publicaciones que despliegue una visión global de la poesía, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores y estudiosos puedan disfrutar la diversidad estética; a la vez que formarse una perspectiva respecto al desarrollo, hallazgos, descubrimientos y revelaciones que han significado aportes invaluables para el devenir de las culturas. Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, permitiendo que nos reconozcamos en el milagro que es la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta.

Prólogo
En Baudelaire

Baudelaire confiaba en lectores a los que
la lectura de la lírica pone en dificultades.
WALTER BENJAMIN

Nunca me resultó fácil referirme a Charles Baudelaire (1821-1867). ¿Qué necesidad de comentario alguno tiene quien ha conseguido devenir, en letra y cuerpo, en persona y en obra, ardiente paradigma y evidencia viva, belleza contagiosa de la palabra humana y contagiosa tragedia de nuestra humana condición? "Genio es aquel cuyas palabras tienen más sentido del que él mismo podía darles, aquel que, describiendo los relieves de su universo privado, despierta en los hombres más diferentes a él una especie de recuerdo de lo que él está diciendo". Aunque esas palabras de su compatriota, el filósofo existencialista Maurice Merleau-Ponty (1908-1961), no lo aludan explícitamente, sin duda bien pueden aplicársele. ¿Y entonces, si él ha logrado encarnar, a sabiendas o no, a conciencia o por deriva de su ser más legítimo, su propio enigma y su destino propio, si en sus palabras están vivos su luz y su misterio, qué necesidad hay de comentario alguno?

Pero también hay una deuda con el posible lector, sobre todo para aquel que se acerque a estos dominios por la primera vez, y de modo muy especial para quien lo haga de manera tan inocente como desprevenida. Sólo para él, entonces, y de manera tan francamente fraternal como no

menos honradamente modesta, intentaremos arrojar algunos cables, que nos permitan intentar embarcarnos juntos para la travesía.

Comencemos por el riesgo mayor, el de un lugar común: se dice que Baudelaire es el padre de la poesía moderna. Por una vez, se dio en el clavo. En 1857 aparece en París su libro clave, *Las flores del mal*, inmediatamente procesado y censurado. Que reaviva y culmina los logros de la gran poesía francesa y occidental al mismo tiempo que, cuestionándolos si es que no negándolos, abre nuevos e inmensos caminos para la poesía recuperada de todo academicismo, de toda manipulación, de toda retórica. Allí un magnífico soneto, *Correspondencias*, es considerado con justicia como la primera manifestación del simbolismo, un dignísimo movimiento que no sólo permitirá concluir con dignidad el siglo XIX sino, también, abrir las puertas a los grandes movimientos revolucionarios de vanguardia en las décadas iniciales del siglo siguiente.

Porque en el aura de *Las flores del mal* (no es casual que el mismo castigo le haya sido inferido contemporáneamente a Gustave Flaubert, el padre de la novela moderna), aparecerán primero otros dos poetas fundamentales: el meteórico e indeleble adolescente Arthur Rimbaud (1854-1891), y la hondura magistral de Stéphane Mallarmé (1842-1898). Ambos reconocerán a Baudelaire como maestro, como modelo, como guía. Y luego, tal como ya aludí, en las primeras décadas del siglo XX los grandes movimientos europeos de vanguardia pero, sobre todo, la ambiciosa revolución del Surrealismo, desencadenado en 1924, reconocerán su paternidad, vibrarán con su influjo. Para alcanzar más tarde,

ya en dominios muchísimo más amplios, con las impensadas proyecciones de su presencia y de su obra, primero un alcance continental y luego, directamente universal.

A él le debemos, por ejemplo, en la estela de su amado Aloysius Bertrand, esa magnífica concreción que son sus *Pequeños poemas* en prosa. Que no sólo abandonan definitivamente los preceptos acaso esclerosados de la retórica tradicional para fundar, como ya lo explicita en su propio prólogo de dicha obra, una forma literaria original: el poema en prosa, que no sólo se ajustará a los nuevos tiempos sino que abriría uno de los caminos más fecundos de la posterior poesía moderna. Baudelaire fue el primero en descubrir para Europa la enorme relevancia y significación del gran norteamericano Edgar Allan Poe (1809-1849), con lo cual un autor de nuestro continente vino a fecundar la vieja Europa. Él supo percibir y destacar también, mucho más allá de la simple crítica de arte, la verdadera significación de los nuevos pintores, todavía desdeñados, como el posteriormente consagrado Eugène Delacroix. Porque nadie lo expresó mejor que él mismo: "Sería prodigioso que un crítico se convirtiera en poeta y es imposible que un poeta no contenga un crítico".

Absolutamente inerme para sobrevivir en la vida cotidiana, en la vida burguesa, los avatares de la existencia y del destino de Baudelaire lo convirtieron también (como lo testimonian patéticamente dos célebres y reveladoras fotos de Nadar) en el primer poeta maldito, en el primer Cristo del arte, al que seguirían tantos ejemplos de "suicidados por la sociedad", como bien dijo Antonin Artaud (1896-1948), quien no dejaría de pagar su propio precio. Esos poetas

malditos que fueron capaces de sostener con su vida la fidelidad a su destino y a su arte. Y estas mismas páginas concluyen con dos lacerantes documentos del hondo pavor con que Baudelaire se veía arrojado a finales tan trágicos como los de sus venerados Poe y Gérard de Nerval (1808-1855). Por eso fue capaz también de expresar tan claramente el nuevo sentido que volvía a encarnar a través suyo la poesía, ya nunca más mera diversión ni mero adorno: "Gran destino el de la poesía... Contradice sin cesar el hecho -o ya no es poesía-. En el calabozo se hace rebelión; en la ventana del hospital, ardiente esperanza de curación... No sólo testimonia, sino que repara. Y así se hace negación de la iniquidad."

LE TOMBEAU DE CHARLES BAUDELAIRE

Le temple enseveli divulgue par la bouche
Sépulcrale d'égout bavant boue et rubis
Abominablement quelque idole Anubis
Tout le museau flambé comme un aboi farouche

Ou que le gaz récent torde la mèche louche
Essuyeuse on le sait des opprobres subis
Il allume hagard un immortel pubis
Dont le vol selon le réverbère découche

Quel feuillage séché dans les cités sans soir
Votif pourra bénir comme elle se rasseoir
Contre le marbre vainement de Baudelaire

Au voile qui la ceint absente avec frissons
Celle son Ombre même un poison tutélaire
Toujours à respirer si nous en périssons.

Stéphane Mallarmé

LA TUMBA DE CHARLES BAUDELAIRE

El templo amortajado divulga por la boca
Sepulcral de cloaca babeando rubí y barro
Abominablemente algún ídolo Anubis
Todo el hocico en llamas como un feroz ladrido

O bien que el gas reciente tuerza la mecha bizca
La que enjuga sabemos los oprobios sufridos
Iluminando huraño un pubis inmortal
Cuyo vuelo según reverbera pernocta

Qué follaje secado en ciudades sin noche
Bendecirá votivo como ella al sentarse
Vanamente en el mármol de Baudelaire

Al velo que la ciñe ausente escalofríos
Esa su Sombra aún un tutelar veneno
A respirarlo siempre aunque de ellos muramos.

Stéphane Mallarmé

Las flores del mal

El 25 de junio de 1857, en una tirada de mil trescientos ejemplares y al precio de tres francos, se lanza la primera edición de *Les fleurs du mal*. Con tal motivo, y apenas dos días después, el diario *Le Figaro* reanuda sus acerbos ataques contra el poeta y su obra, que ya había iniciado dos años antes en base a meros anticipos publicados en revistas. La justicia ordena el secuestro de la edición, así como el procesamiento del autor y de sus editores, Poulet-Malassis y de Broise. Baudelaire es condenado a pagar una multa de trescientos francos, y sus editores una de cien francos por cabeza, ordenándose además la supresión de seis poemas. A comienzos de febrero de 1861, en una tirada de mil quinientos ejemplares y con el mismo precio, se publica una segunda edición que, si bien excluye los seis textos cuestionados, agrega en cambio otros treinta y cinco nuevos, distribuyendo en forma distinta el material. En 1868, un año después de la muerte del poeta, se lanza la tercera edición de *Les fleurs du mal*, con un elogioso prólogo de Théophile Gautier, a quien la obra había sido originalmente dedicada. En su sesión del 31 de mayo de 1949, casi cien años después, la Sala Criminal del Tribunal de Casación de París, a raíz de una propuesta aceptada por la Asamblea Nacional el 12 de septiembre de 1946, pronuncia solemnemente un veredicto de rehabilitación retrospectiva de Baudelaire y de sus editores.

CORRESPONDANCES

La Nature est un temple où de vivants piliers
Laissent parfois sortir de confuses paroles;
L' homme y passe à travers des forêts de symbols
Qui l'observent avec des regards familiers.

Comme de longs échos qui de loin se confondent
Dans une ténebreuse et profonde unité,
Vaste comme la nuit et comme la clarté,
Les parfums, les couleurs et les sons se répondent.

Il est des parfums frais comme des chairs d'enfants,
Doux comme les hautbois, verts comme les prairies
–Et d'autres, corrompus, riches et triomphants.

Ayant l'expansion des choses infinies,
Comme l'ambre, le musc, le benjoin et l'encens,
Qui chantent les transports de l'esprit et des sens.

CORRESPONDENCIAS

Naturaleza es templo donde vivos pilares
Dejan salir a veces palabras confundidas;
El hombre allí atraviesa entre selvas de símbolos
Que lo observan con sus miradas familiares.

Como esos largos ecos que de lejos se mezclan
En una tenebrosa y profunda unidad,
Vasta como la noche y como la claridad,
Los perfumes, colores y sones se responden.

Es que hay perfumes frescos como carnes de niños,
Dulces como el oboe, verdes como praderas
–Y otros, corrompidos, ricos y triunfadores.

Teniendo la expansión de cosas infinitas,
Como el almizcle, el ámbar, el benjuí y el incienso,
Que cantan los transportes de espíritu y sentidos.

LES PHARES

Rubens, fleuve d'oubli, jardin de la paresse,
Oreiller de chair fraîche où l'on ne peut aimer,
Mais où la vie afflue et s'agite sans cesse,
Comme l'air dans le ciel et la mer dans la mer;

Léonard de Vinci, miroir profond et sombre,
Où des anges charmants, avec un doux souris
Tout chargé de mystère, apparaissent à l'ombre
Des glaciers et des pins qui ferment leur pays;

Rembrandt, triste hôpital tout rempli de murmures,
Et d'un grand crucifix décoré seulement,
Où la prière en pleurs s'exhale des ordures,
Et d'un rayon d'hiver traversé brusquement;

Michel-Ange, lieu vague où l'on voit des Hercules
Se mêler à des Christs, et se lever tout droits
Des fantômes puissants qui dans les crépuscules
Déchirent leur suaire en étirant leurs doigts;

Colères de boxeurs, impudences de faune,
Toi qui sus ramasser la beauté des goujats,
Grand coeur gonflé d'orgueil, homme débile et jaune,
Puget, mélancolique empereur des forçats;

Watteau, ce carnaval où bien des coeurs illustres,
Comme des papillons, errent en flamboyant,

LOS FAROS

Rubens, río de olvido, jardín de la pereza,
Almohada de frescura donde amar no se puede,
Pero fluye la vida y sin cesar se agita,
Como el aire en el cielo y el mar dentro del mar.

Leonardo da Vinci, profundo, sombrío espejo,
Donde ángeles seducen, con su dulce sonrisa
Cargada de misterio, apareciendo al pie
De glaciares y pinos que encierran su país;

Rembrandt, hospital triste repleto de murmullos,
Y con gran crucifijo apenas decorado,
Donde plegaria en llantos se alza de las basuras,
Y de una luz de invierno bruscamente cruzada;

Miguel Ángel, desierto donde se ven los Hércules
Mezclarse con los Cristos, y alzarse muy erguidos
Poderosos fantasmas que en aquellos crepúsculos
Desgarran su sudario estirando sus dedos;

Furias de boxeador, impudicias de fauno,
Tú que no despreciaste la belleza en los pícaros,
Gran corazón soberbio, hombre amarillo y débil,
Puget, de los forzados melancólico rey;

Watteau, ese carnaval donde tanta alma ilustre,
Como las mariposas, vaga resplandeciendo,

Décors frais et légers éclairés par des lustres
Qui versent la folie à ce bal tournoyant;

Goya, cauchemar plein de choses inconnues,
De foetus qu'on fait cuire au milieu des sabbats,
De vieilles au miroir et d'enfants toutes nues,
Pour tenter les démons ajustant bien leurs bas;

Delacroix, lac de sang hanté des mauvais anges,
Ombragé par un bois de sapins toujours vert,
Où, sous un ciel chagrin, des fanfares étranges
Passent, comme un soupir étouffé de Weber;

Ces malédictions, ces blasphèmes, ces plaintes,
Ces extases, ces cris, ces pleurs, ces Te Deum,
Sont un écho redit par mille labyrinthes;
C'est pour les coeurs mortels un divin opium!

C'est un cri répeté par mille sentinelles,
Un ordre renvoyé par mille porte-voix;
C'est un phare allumé sur mille citadelles,
Un appel de chasseurs perdus dans les grands bois!

Car c'est vraiment, Seigneur, le meilleurs témoignages
Que nous puissions donner de notre dignité
Que cet ardent sanglot qui roule d'âge en âge
Et vient mourir au bord de votre éternité!

Fresca y ligera escena que alumbran las arañas
Arrojando locura a ese baile que gira;

Goya, una pesadilla llena de incertidumbres,
De fetos que se cuecen en medio de aquelarres,
De viejas al espejo y muchachas desnudas,
Tentando a los demonios al ajustar sus medias;

Delacroix, lago en sangre donde van malos ángeles,
Sombreado por un bosque de abetos siempre verde,
Donde extrañas charangas, bajo un cielo muy triste,
Pasan, como un suspiro ahogado de Weber;

Esas blasfemias, esas maldiciones y quejas,
Esos éxtasis, gritos, llantos, esos *Te Deum*,
Son un eco que copian miles de laberintos;
¡Al corazón mortal opio más que divino!

Un grito es que repiten miles de centinelas,
Una orden transmitida en portavoces mil,
Es un faro que alumbra sobre mil ciudadelas,
¡Voces de cazadores perdidos en los bosques!

Porque es, Señor, realmente, el mejor testimonio
Que pudiéramos darte de nuestra dignidad
¡Este ardiente sollozo que va de siglo en siglo
Y a morir viene al borde de vuestra eternidad!

BOHÉMIENS EN VOYAGE

La tribu prophétique aux prunelles ardentes
Hier s'est mise en route, emportant ses petits
Sur son dos, ou livrant à leurs fiers appétits
Le trésor toujours prêt des mamelles pendantes.

Les hommes vont à pied sous leurs armes luisantes
Le long des chariots où les leurs sont blottis,
Promenant sur le ciel des yeux appesantis
Par le morne regret des chimères absentes.

Du fond de son réduit sablonneux, le grillon,
Les regardant passer, redouble sa chanson;
Cybèle, qui les aime, augmente ses verdures,

Fait couler le rocher et fleurir le désert
Devant ces voyageurs, pour lesquels est ouvert
L'empire familier des ténèbres futures.

BOHEMIOS EN VIAJE

La profética tribu de pupilas ardientes
Ayer se puso en marcha, llevando sus pequeños
A la espalda, o librando a su gran apetito
El lujo siempre listo de las tetas colgantes.

Los hombres van de a pie bajo armas relucientes
A la par de los carros donde otros se acurrucan,
Paseando sobre el cielo ojos entorpecidos
Por la triste añoranza de quimeras ausentes.

El grillo, desde el fondo de su cueva de arena,
Mirándolos pasar, redobla su canción;
Cibeles, que los ama, aumenta sus verdores,

Hace manar la roca, florecer al desierto
Frente a tales viajeros, para quienes se abre
El familiar imperio de futuras tinieblas.

LA BEAUTÉ

Je suis belle, ô mortels! comme un rêve de pierre,
Et mon sein, où chacun s'est meurtri tour à tour,
Est fait pour inspirer au poëte un amour
Éternel et muet ainsi que la matière.

Je trône dans l'azur comme un sphinx incompris;
J'unis un coeur de neige à la blancheur des cygnes;
Je hais le mouvement qui déplace les lignes,
Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris.

Les poëtes, devant mes grandes attitudes,
Que j'ai l'air d'emprunter aux plus fiers monuments,
Consumeront leurs jours en d'austères études;

Car j'ai, pour fasciner ces dociles amants,
De purs miroirs qui font toutes choses plus belles:
Mes yeux, mes larges yeux aux clartés éternelles!

LA BELLEZA

Yo soy bella, ¡oh mortales! como un sueño de piedra,
Y mi seno, en quien todos de a uno se nutrieron,
Para inspirar fue hecho al poeta un amor
Tan eterno y tan mudo como lo es la materia.

Yo trueno en el azur, esfinge incomprendida;
Un corazón de nieve yo uno al blanco del cisne;
Yo odio el movimiento que trastrueca las líneas,
Y yo no lloro nunca y yo nunca me río.

Y los poetas, ante mis grandes actitudes,
Que parezco deber a magnos monumentos,
Consumirán sus días en austeros estudios;

Pues para fascinar, tengo, a esos amantes dóciles,
Puros espejos que hacen cada cosa más bella:
¡Mis ojos, grandes ojos de eternas claridades!

LES BIJOUX

La très-chère était nue, et, connaissant mon coeur,
Elle n'avait gardé que ses bijoux sonores,
Dont le riche attirail lui donnait l'air vainqueur
Qu'ont dans leurs jours heureux les esclaves des Mores.

Quand il jette en dansant son bruit vif et moqueur,
Ce monde rayonnant de métal et de pierre
Me ravit en extase, et j'aime à la fureur
Les choses où le son se mêle à la lumière.

Elle était donc couchée et se laissait aimer,
Et du haut du divan elle souriait d'aise
A mon amour profond et doux comme la mer,
Qui vers elle montait comme vers sa falaise.

Les yeux fixés sur moi, comme un tigre dompté,
D'un air vague et rêveur elle essayait des poses,
Et la candeur unie à la lubricité
Donnait un charme neuf à ses métamorphoses;

Et son bras et sa jambe, et sa cuisse et ses reins,
Polis comme de l'huile, onduleux comme un cygne,
Passaient devant mes yeux clairvoyants et sereins;
Et son ventre et ses seins, ces grappes de ma vigne,

S'avançaient, plus câlins que les Anges du mal,
Pour troubler le repos où mon âme était mise,

LAS JOYAS

La que yo amo, desnuda, y conociendo mi alma,
Sólo se había dejado sus joyas más sonoras,
Cuyo rico boato le daba aire de triunfo
Como sus días felices a las siervas de Moros.

Cuando bailando arroja un son vivo y burlón,
Ese mundo radiante de metal y de piedra
En éxtasis me encanta, y yo amo con furor
Las cosas cuyo ruido se mezcla con la luz.

Estaba pues tendida y se dejaba amar,
Y del diván en lo alto sonreía con gusto
A mi profundo amor, tan dulce como el mar,
Que hacia ella subía como a su acantilado.

Fijos en mí sus ojos, como un tigre domado,
Con soñador y vago aire ensayaba poses,
Y el candor unido a la lubricidad
Daba un encanto nuevo a sus metamorfosis.

Y su brazo y su pierna, su muslo y sus riñones,
Pulidos como aceite, como un cisne ondulantes,
Enfrentaban mis ojos videntes y serenos;
Y su vientre y sus senos, racimos de mi viña,

Mimosos, avanzaban, más que Ángeles del mal,
A turbar la quietud donde yacía mi alma,

Et pour la déranger du rocher de cristal
Où, calme et solitaire, elle s'était assise.

Je croyais voir unis pour un nouveau dessin
Les hanches de l'Antiope au buste d'un imberbe,
Tant sa taille faisait ressortir son bassin.
Sur ce teint fauve et brun le fard était superbe!

–Et la lampe s'étant résignée à mourir,
Comme le foyer seul illuminait la chambre,
Chaque fois qu'il poussait un flamboyant soupir,
Il inondait de sang cette peau couleur d'ambre!

Y para de su roca de cristal derribarla
Donde, tranquila y calma, se había aposentado.

Yo creía ver unidos por un nuevo dibujo
Las caderas de Antíope al busto de un imberbe,
Tanto su talle hacía sobresalir su pelvis.
¡Su tez roja y oscura era un soberbio afeite!

–Y la lámpara habiéndose resignado a morir,
Ya que sólo el hogar iluminaba el cuarto,
Cada vez que exhalaba un llameante suspiro,
¡Inundaba de sangre esa piel color de ámbar!

JE T'ADORE À L'ÉGAL DE LA VOÛTE NOCTURNE...

Je t'adore à l'égal de la voûte nocturne,
O vase de tristesse, ô grande taciturne,
Et t'aime d'autant plus, belle, que tu me fuis,
Et que tu me parais, ornement de mes nuits,
Plus ironiquement accumuler les lieues
Qui séparent mes bras des immensités bleues.

Je m'avance à l'attaque, et je grimpe aux assauts,
Comme après un cadavre un choeur de vermisseaux,
Et je chéris, ô bête implacable et cruelle!
Jusqu'à cette froideur par où tu m'es plus belle!

YO TE ADORO AL IGUAL QUE A LA NOCTURNA BÓVEDA...

Yo te adoro al igual que a la nocturna bóveda,
Oh vaso de tristeza, oh enorme taciturna,
Y tanto más te amo, bella, porque me huyes,
Y porque me pareces, adorno de mis noches,
Más irónicamente acumular las leguas
Que a mis brazos separan de azules infinitos.

Yo me lanzo al ataque, y yo trepo al asalto,
Como tras un cadáver un coro de gusanos,
¡Y hasta quiero, oh bestia implacable y cruel,
Esa frialdad que te hace para mí aún más bella!

SED NON SATIATA

Bizarre déité, brune comme les nuits,
Au parfum mélangé de musc et de havane,
Oeuvre de quelque obi, le Faust de la savane,
Sorcière au flanc d'ébène, enfant des noirs minuits,

Je préfère au constante, à l'opium, aux nuits,
L'élixir de ta bouche où l'amour se pavane;
Quand vers toi mes désirs partent en caravane,
Tes yeux sont la citerne où boivent mes ennuis.

Par ces deux grands yeux noirs, soupiraux de ton âme,
O démon sans pitié! verse-moi moins de flamme;
Je ne suis pas le Styx pour t'embrasser neuf fois,

Hélas, et je ne puis, Mégère libertine,
Pour briser ton courage et te mettre aux abois,
Dans l'enfer de ton lit devenir Proserpine!

SED NON SATIATA

Deidad extraña, oscura como lo son tus noches,
De perfume que junta almizcle con habano,
Obra de algún obi, Fausto de la sabana.
Bruja con flancos de ébano, hija de medianoche,

Yo prefiero al constancio, al opio, a las noches
El néctar de tu boca donde el amor se luce;
Cuando a ti mis deseos parten en caravana
Tus ojos son la fuente donde beben mis quejas.

Por tan negros ojazos, ventanales de tu alma,
¡Oh demonio inflexible! échame menos llama;
Sin ser Estigio, cómo poseerte nueve veces,

¡Ay! y tampoco puedo, Megera libertina,
Por quebrar tu coraje y lograr acosarte,
¡En tu lecho infernal volverme Proserpina!

DE PROFUNDIS CLAMAVI

J'implore ta pitié, Toi, l'unique que j'aime,
Du fond du gouffre oscur où mon coeur est tombé.
C'est un univers morne à l'horizon plombé,
Où nagent dans la nuit l'horreur et le blasphème;

Un soleil sans chaleur plane au-dessus six mois,
Et les six autres mois la nuit couvre la terre;
C'est un pays plus nu que la terre polaire;
– Ni bêtes, ni ruisseaux, ni verdure, ni bois!

Or il n'est pas d'horreur au monde qui surpasse
La froide cruauté de ce soleil de glace
Et cette immense nuit semblable au viex Chaos;

Je jalouse le sort des plus vils animaux
Qui peuvent se plonger dans un sommeil stupide,
Tant l'écheveau du temps lentement se dévide!

DE PROFUNDIS CLAMAVI

Yo imploro tu piedad, Tú, la única que amo,
Desde el oscuro abismo que hundió a mi corazón.
Es un triste universo de horizonte plomizo
Donde en la noche nadan blasfemia y horror;

Un sol frío se cierne allí encima seis meses,
Y los otros seis meses noche cubre la tierra;
Es país más desnudo que la tierra polar;
– ¡Ni animales, ni arroyos, ni verdores, ni bosques!

Pues no hay en este mundo horror que sobrepase
A la fría crueldad de ese astro de hielo
Y a esa noche inmensa semejante al Caos viejo;

Celos me da la suerte del más vil animal
Que puede sumergirse en un dormir estúpido,
¡Mientras, lenta madeja, el tiempo se devana!

REMORDS POSTHUME

Lorsque tu dormiras, ma belle ténébreuse,
Au fond d'un monument construit en marbre noir,
Et lorsque tu n'auras pour alcôve et manoir
Que'un caveau pluvieux et qu'une fosse creuse;

Quand la pierre, opprimant ta poitrine peureuse
Et tes flancs qu'assouplit un charmant nonchaloir,
Empêchera ton coeur de battre et de vouloir,
Et tes pieds de courir leur course aventureuse.

Le tombeau, confident de mon rêve infini
(Car le tombeau toujours comprendra le poëte),
Durant ces grandes nuits d'où le somme est banni,

Te dira: "Que vous sert, courtisane imparfaite,
De n'avoir pas connu ce que pleurent les morts?"
– Et le ver rongera ta peau come un remords.

REMORDIMIENTO PÓSTUMO

Cuando te halles durmiendo, mi bella tenebrosa,
Dentro de un monumento hecho de mármol negro,
Y cuando sólo tengas por alcoba y palacio
Una cueva lluviosa y una fosa profunda;

Y la piedra, oprimiendo tu pecho temeroso
Y tus flancos que pule seductor abandono,
No deje a tu corazón latir ni desear,
Ni correr a tus pies detrás de la aventura.

La tumba, confidente de mi ensueño infinito
(Porque la tumba siempre comprenderá al poeta),
En esas largas noches de donde el sueño ha huido,

Dirá: "¿De qué te sirve, cortesana imperfecta,
No haber sabido nunca lo que lloran los muertos?"
– Y tu piel roerá el verme como un remordimiento.

CIEL BROUILLÉ

On dirait ton regard d'une vapeur couvert;
Ton oeil mystérieux (est-il bleu, gris ou vert?)
Alternativement tendre, rêveur, cruel,
Réflechit l'indolence et la pâleur du ciel.

Tu rappelles ces jours blancs, tièdes et voilés,
Qui font se fondre en pleurs les coeurs ensorcelés,
Quand, agités d'un mal inconnu qui les torde,
Les nerfs trop éveillés raillent l'esprit qui dort.

Tu ressembles parfois à ces beaux horizons
Qu'allument les soleils des brumeuses saisons...
Comme tu resplendis, paysage mouillé
Qu'enflamment les rayons tombant d'un ciel brouillé!

O femme dangereuse, ô séduisants climats!
Adorerai-je aussi ta neige et vos frimas,
Et saurai-je tirer de l'implacable hiver
Des plaisirs plus aigus que la glace et le fer?

CIELO NUBLADO

Diríase tu mirada por un vapor cubierta;
Tu ojo misterioso (¿es azul, gris o verde?)
Alternativamente tierno, cruel, soñador,
Refleja la indolencia y palidez del cielo.

Recuerdas esos días blancos, tibios, velados,
Que hacen romper en llanto flechados corazones,
En que por un ignoto mal que oprime agitados,
Los bien despiertos nervios burlan sueño al espíritu.

A veces te asemejas a bellos horizontes
Que iluminan los soles de estaciones brumosas...
¡Y cómo resplandeces, paisaje mojado
Inflamado por luces desde un cielo nublado!

¡Oh mujer peligrosa, oh seductores climas!
¿Adoraré también tu nieve y tus escarchas,
Y sabré yo extraer del implacable invierno
Placeres más agudos que el hielo y el hierro?

LA MUSIQUE

La musique souvent me prend comme une mer!
Vers ma pâle étoile,
Sous un plafond de brume ou dans un vaste éther,
Je mets à la voile;

La poitrine en avant et les poumons gonflés
Comme de la toile,
J'escalade le dos des flots amoncelés
Que la nuit me voile;

Je sens vibrer en moi toutes les passions
D'un vaisseau qui souffre;
Le bon vent, la tempête et ses convulsions

Sur l'immense gouffre
Me bercent. D'autres fois, calme plat, grand miroir
De mon désespoir!

LA MÚSICA

¡La música a menudo me agarra como el mar!
Hacia mi estrella pálida,
Bajo un techo de bruma o en un éter más vasto,
Yo levanto la vela;

El pecho adelantado y los pulmones plenos
Como la misma tela,
Escalo de tanta ola amontonada el lomo
Que la noche me vela;

Siento vibrar en mí las completas pasiones
De un navío que sufre;
La tormenta, el buen viento y sus convulsiones

Sobre el abismo inmenso
Me acunan. ¡Otras veces, la calma, gran espejo
De mi desesperar!

LA DESTRUCTION

Sans cesse à mes côtés s'agite le Démon;
Il nage autour de moi comme un air impalpable;
Je l'avale et le sens qui brûle mon poumon
Et l'emplit d'un désir éternel et coupable.

Parfois il prend, sachant mon grand amour de l'Art,
La forme de la plus séduisante des femmes,
Et, sous de spécieux prétextes de cafard,
Accoutume ma lèvre à des philtres infâmes.

Il me conduit ainsi, loin du regard de Dieu,
Halelant et brisé de fatigue, au milieu
Des plaines de l'Ennui, profondes et désertes,

Et jette dans mes yeux pleins de confusion
Des vêtements souillés, des blessures ouvertes,
Et l'appareil sanglant de la Destruction!

LA DESTRUCCIÓN

Sin cesar a mi lado el Demonio se agita;
Nada a mi alrededor como un aire impalpable;
Yo lo trago y lo siento que abrasa mi pulmón
Y de un deseo lo colma eterno y culpable.

Toma a veces, sabiendo mi gran amor del Arte,
La forma de la más seductora mujer,
Y bajo especiosos pretextos de soplón,
Acostumbra mi labio a los filtros infames.

¡Él me conduce así, lejos de Dios que mira,
Jadeante y roto de cansancio, al centro
De los llanos del Tedio, profundos y desiertos,

Y en mis ojos arroja, plenos de confusión.
Vestimentas manchadas, heridas entreabiertas,
Y el sangrante aparejo de la Destrucción!

LE RENIEMENT DE SAINT PIERRE

Qu'est-ce que Dieu fait donc de ce flot d'anathèmes
Qui monte tous les jours vers ses chers Séraphins?
Comme un tyran gorgé de viande et de vins,
Il s'endort au doux bruit de nos affreux blasphèmes.

Les sanglots des martyrs et des suppliciés
Sont une symphonie enivrante sans doute,
Puisque, malgré le sang que leur volupté coûte,
Les cieux ne s'en sont point encore rassasiés!

– Ah! Jésus, souviens-toi du Jardin des Olives!
Dans ta simplicité tu priais à genoux
Celui qui dans son ciel riait au bruit des clous
Que d'ignobles bourreaux plantaient dans tes chairs vives,

Lorsque tu vis cracher sur ta divinité
La crapule du corps de garde et des cuisines,
Et lorsque tu sentis s'enfoncer les épines
Dans ton crâne où vivait l'immense Humanité;

Quand de ton corps brisé la pesanteur horrible
Allongeait tes deux bras distendus, que ton sang
Et ta sueur coulaient de ton front pâlissant,
Quand tu fus devant tous posé comme une cible,

Rêvais-tu de ces jours si brillants et si beaux
Où tu vins pour remplir l'éternelle promesse,

LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

¿Qué hace Dios entonces de esa ola de anatemas
que sube cada día hacia sus Serafines?
Como un tirano ahíto de carnes y de vinos
Lo acuna el dulce ruido de horrorosas blasfemias.

Los sollozos de mártires y los de ajusticiados
Son una sinfonía sin duda embriagadora,
Y a pesar de la sangre que voluptuosos cuestan,
¡Los cielos no se encuentran todavía saciados!

–¡No olvides, Jesús, al Huerto de los Olivos!
En tu simplicidad orabas de rodillas
A quien reía en su cielo del ruido de los clavos
Que verdugos innobles plantaban en tus carnes,

Cuando viste escupir en tu divinidad
La crápula del cuerpo de guardia y las cocinas,
Y en tu cráneo sentiste hundirse las espinas,
Allí donde vivía la inmensa Humanidad;

Cuando tu cuerpo roto con pesadez horrible
Tus dos brazos tendidos alargaba, y tu sangre
Y tu sudor corrían de tu pálida frente,
Cuando ante todos fuiste posado como un blanco,

¿Soñabas en los días tan brillantes y bellos
En que a colmar viniste tú la eterna promesa,

Où tu foulais, monté sur une douce ânesse,
Des chemins tout jonchés de fleurs et de rameaux,

Où, le coeur tout gonflé d'espoir et de vaillance,
Tu fouettais tous ces vils marchands à tour de bras.
Où tu fus maître enfin? Le remords n'a-t-il pas
Pénétré dans ton flanc plus avant que la lance?

– Certes, je sortirai, quant à moi, satisfait
D'un monde où l'action n´est pas la soeur du rêve;
Puissé-je user du glaive et périr par le glaive!
Saint Pierre a renié Jésus... il a bien fait!

Cuando a pisar llegaste, sobre un dulce borrico,
Los caminos sembrados de flores y de ramos,

Cuando, colmado el pecho de esperanza y valor,
Azotabas los viles mercaderes con fuerza,
¿Siendo maestro al fin? ¿No fue el remordimiento
El que entró a tu costado mucho antes que la lanza?

–Por cierto, yo saldré, para mí, satisfecho
de un mundo en que la acción no es la hermana del sueño;
¡Poder usar la espada y morir por la espada!
San Pedro renegó de Jesús... ¡hizo bien!

LE VIN DES AMANTS

Aujourd'hui l'espace est splendide!
Sans mors, sans éperons, sans bride,
Partons à cheval sur le vin
Por un ciel féerique et divin!

Comme deux anges que torture
Una implacable calenture,
Dans le bleu cristal du matin
Suivons le mirage lointain!

Mollement balancés sur l'aile
Du tourbillon intelligent,
Dans un délire parallèle,

Ma soeur, côte à côte nageant,
Nous fuirons sans repos ni trêves
Vers le paradis de mes rêves!

EL VINO DE LOS AMANTES

¡Hoy es espléndido el espacio!
¡Sin freno, espuela o bridas,
Partamos a caballo del vino
Hacia un divino cielo mágico!

¡Como dos ángeles torturados
Por un fuego implacable
En el cristal azul de la mañana
Vayamos tras el espejismo!

¡Tiernamente mecidos por el ala
Del torbellino inteligente,
En un delirio paralelo,

Nadando, hermana, lado a lado,
Huiremos sin treguas ni reposo
Al paraíso de mis sueños!

LA MORT DES PAUVRES

C'est la mort qui console, hélas! et qui fait vivre;
C'est le but de la vie, et c'est le seul espoir
Qui, comme un élixir, nous monte et nous enivre,
Et nous donne le coeur de marcher jusqu'au soir;

A travers la tempête, et la neige, et le givre,
C'est la clarté vibrante à notre horizon noir;
C'est l'auberge fameuse inscrite sur le livre,
Où l'on pourra manger, et dormir, et s'asseoir;

C'est un Ange qui tient dans ses doigts magnétiques
Le sommeil et le don des rêves extatiques,
Et qui refait le lit des gens pauvres et nus;

C'est la gloire des Dieux, c'est le grenier mystique,
C'est la bourse du pauvre et sa patrie antique,
C'est le portique ouvert sur les Cieux inconnus!

LA MUERTE DE LOS POBRES

La Muerte es quien consuela, ¡ay! y la que hace vivir;
Es meta de la vida, y es la esperanza única
Que, como un elixir, nos embriaga y nos alza,
Y nos da resistencia para alcanzar la noche;

Entre la tempestad, y la nieve, y la escarcha,
Es claridad vibrante en nuestro horizonte negro;
Es el famoso albergue que está inscrito en el libro,
Donde comer podremos, descansar, y acostarnos;

Es un Ángel que tiene en sus dedos magnéticos
El dormir y el poder de los sueños extáticos,
Y que rehace el lecho de pobres y desnudos;

Es gloria de los Dioses, es el granero místico,
Es la bolsa del pobre y su patria antigua,
¡Es el pórtico abierto a Cielos ignorados!

LA FIN DE LA JOURNÉE

Sous une lumière blafarde
Court, danse et se tord sans raison
La Vie, impudente et criarde.
Aussi, sitôt qu'à l'horizon

La nuit voluptueuse monte,
Apaisant tout, même la faim,
Effaçant tout, même la honte,
Le Poëte se dit: "Enfin!
Mon esprit, comme mes vertèbres,
Invoque ardemment le repos;
Le coeur plein de songes funèbres,
Je vais me coucher sur le dos
Et me rouler dans vos rideaux,
O rafraîchissantes ténèbres!"

EL FIN DE LA JORNADA

Bajo una pálida luz corre,
Baila y se tuerce sin razón
La Vida, impúdica y chillona.
Así, tan pronto al horizonte

La noche sube voluptuosa,
(Todo aplacando, incluso el hambre,
Todo borrando, aun la vergüenza,)
El poeta dice: "¡Al fin!

Como mis vértebras, mi espíritu
Pide reposo ardientemente;
De sueños fúnebres colmado,

Me tenderé sobre mi espalda,
Me envolveré en vuestras cortinas,
¡Oh refrescantes tinieblas!"

LE GOÛT DU NÉANT

Morne esprit, autrefois amoureux de la lutte,
L'Espoir, dont l'éperon attisait ton ardeur,
Ne veut plus t'enfourcher! Couche-toi sans pudeur,
Vieux cheval dont le pied à chaque obstacle bute.

Résigne-toi, mon coeur; dors ton sommeil de brute.

Esprit vaincu, fourbu! Pour toi, vieux maraudeur,
L'amour n'a plus de gôut, non plus que la dispute;
Adieu donc, chants du cuivre et soupirs de la flûte!
Plaisirs, ne tentez plus un coeur sombre et boudeur!

Le Printemps adorable a perdu son odeur!

El le Temps m'engloutit minute par minute,
Comme la neige immense un corps pris de roideur;
Je contemple d'en haut le globe en sa rondeur
Et je n'y cherche plus l'abri d'une cahute.

Avalanche, veux-tu m'emporter dans ta chute?

EL GUSTO DE LA NADA

¡Hosco espíritu, antaño amante de la lucha,
La Esperanza, que antes tu ardor espoleaba,
Ya no quiere montarte! Tiéndete sin pudor,
Viejo corcel de pie que choca a cada obstáculo.

Corazón mío, resígnate; duérmete como un bruto.

¡Vencido, hollado espíritu! Para ti, viejo pillo,
No tiene amor ya gusto, no más que la disputa;
¡Cantos de cobre, adiós, ya, y suspiros de flauta!
¡Placeres, no tentéis a un alma triste y mohína!

¡Primavera, adorable, ha perdido su aroma!

Y el Tiempo me devora minuto por minuto,
Como la nieve inmensa al más rígido cuerpo;
Desde lo alto contemplo a este redondo globo,
Y ya no busco allí el calor de una choza.

Avalancha, ¿no quieres llevarme en tu caída?

LES AVEUGLES

Contemple-les, mon âme; ils sont vraiment affreux!
Pareils aux mannequins; vaguement ridicules;
Terribles, singuliers comme les somnambules;
Dardant on ne sait où leurs globes ténébreux.

Leurs yeux, d'où la divine étincelle est partie,
Comme s'ils regardaient au loin, restent levés
Au ciel; on ne les voit jamais vers les pavés
Pencher rêveusement leur tête appesantie.

Ils traversent ainsi le noir illimité,
Ce frêre du silence éternel. O cité!
Pendant qu'autour de nous tu chantes, ris et beugles,

Éprise du plaisir jusqu'à l'atrocité,
Vois! je me traîne aussi! mais, plus qu'eux hébeté,
Je dis: Que cherchent-ils au Ciel, tous ces aveugles?

LOS CIEGOS

¡Míralos, alma mía; son realmente horrorosos!
Parecen maniquíes; vagamente ridículos;
Terribles, singulares igual que los sonámbulos;
Clavan quién sabe dónde sus ojos tenebrosos.

Ojos de los que ha huido ya la chispa divina,
Que, como si a lo lejos vieran, alzados siguen
Al cielo; no los vemos hacia el piso jamás
Bajar como soñando su cabeza abrumada.

Así atraviesan ellos el negro ilimitado,
Hermano del silencio eterno. ¡Oh ciudad!
Mientras que alrededor tú cantas, ríes y bramas,

Amante del placer hasta la atrocidad,
¡Mira! ¡También me arrastro! y, aún más bruto que ellos,
Digo: ¿Allá en el cielo, qué buscan tantos ciegos?

RECUEILLEMENT

Sois sage, ô ma Douleur, et tiens-toi plus tranquille.
Tu réclamais le Soir; il descend; le voici:
Une atmosphère obscure enveloppe la ville,
Aux uns portant la paix, aux autres le souci.

Pendant que des mortels la multitude vile,
Sous le fouet du Plaisir, ce bourreau sans merci,
Va cueillir des remords dans la fête servile,
Ma Douleur, donne-moi la main; viens par ici,

Loin d'eux. Vois se pencher les défuntes Années,
Sur les balcons du ciel, en robes surannées;
Surgir du fond des eaux le Regret souriant;

Le Soleil moribond s'endormir sous une arche,
Et, comme un long linceul traînant à l'Orient,
Entends, ma chère, entends la douce Nuit qui marche.

RECOGIMIENTO

Sé cuerdo, oh Dolor mío, mantente más sereno.
Reclamabas la Noche, hela aquí, desciende:
Una atmósfera oscura a la ciudad envuelve,
Y a unos inquietudes, paz a otros va trayendo.

Mientras de los mortales la inicua muchedumbre,
Del Placer, despiadado verdugo, bajo el látigo,
Va en busca de pesares a despreciables fiestas,
Dame la mano, vente por aquí, Dolor mío,

Lejos de ellos. Los Años difuntos ve inclinarse,
En balcones del cielo, con trajes anticuados;
Del fondo de las aguas sonriente Pena alzarse;

Al moribundo Sol dormirse bajo un arco,
Y cual largo sudario que al Oriente se arrastra,
Oye, mi amada, oye, la dulce Noche avanza.

Pequeños poemas en prosa

Conocidos también con el título de *Le spleen de Paris*, los *Petits poèmes en prose* que Baudelaire había ido publicando en revistas durante mucho tiempo, sólo aparecieron definitivamente bajo este último título al lanzarse en 1869 el tomo cuarto correspondiente a la edición póstuma de sus *Oeuvres complètes*, preparada por los albaceas que él mismo había destinado con ese fin, sus fieles amigos Charles Asselineau y Théodore de Banville. Aunque el proyecto de un libro dedicado totalmente a la poesía en prosa no aparece explícitamente sino en 1857, en una carta a su editor Poulet-Malassis fechada el 25 de abril, también es verdad que –para Baudelaire– la idea y la práctica del poema en prosa se remontan a mucho más lejos. Ya hay una clara referencia a ambas en su novela *La Fanfarlo*, publicada en 1847 pero comenzada a escribir por lo menos hacia 1843 o 1844. En el espíritu de *Gaspard de la Nuit* (1842), de Aloysius Bertrand, que reconoce abiertamente, Baudelaire, quien ya había inaugurado una nueva sensibilidad poética con *Les fleurs du mal*, abre también con sus *Petits poèmes en prose* una de las rutas más fecundas que había de transitar en el siglo veinte la poesía moderna. "¿Quién es aquel de nosotros que, en sus días de ambición, no ha soñado con el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo suficientemente flexible y lo suficientemente contrastada como para adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia?", afirma Baudelaire en su introducción a esa obra. Y agrega: "Es sobre todo de la frecuentación de las ciudades enormes, es del crecimiento de sus innumerable relaciones que nace ese ideal obsesivo".

L'ÉTRANGER

–Qui aimes-tu le mieux, homme énigmatique, dis? ton père, ta mère, ta soeur ou ton frère?

–Je n'ai ni père, ni mère, ni soeur, ni frère.

–Tes amis?

–Vous vous servez lá d'une parole dont le sens m'est resté jusqu'à ce jour inconnu.

–Ta patrie?

–J 'ignore sous quelle latitude est située.

–La beauté?

–Je l'aimerais volontiers, déesse et immortelle.

–L'or?

–Je le hais comme vous haïssez Dieu.

–Eh! qu'aimes-tu donc, extraordinaire étranger?

–J'aime les nuages... les nuages qui passent... là-bas... les merveilleux nuages!

EL EXTRANJERO

–¿A quién prefieres, tú, hombre enigmático, dime? ¿A tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu hermano?

–No tengo padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

–¿A tus amigos?

–Usted está usando una palabra cuyo sentido aún me es desconocido.

–¿A tu patria?

–Ignoro en qué latitud está situada.

–¿A la belleza?

–Yo la amaría con ganas, diosa e inmortal.

–¿Al oro?

–Lo odio tanto como odia usted a Dios.

–¡Eh!, ¿qué amas entonces, extraordinario extranjero?

–Amo las nubes... las nubes que pasan... allá... ¡las maravillosas nubes!

UN PLAISANT

C'était l'explosion du nouvel an: chaos de boue et de neige, traversé de mille carrosses, étincelant de joujoux et de bonbons, gouillant de cupidités et de désespoirs, délire officiel d'une grande ville fait pour troubler le cerveau du solitaire le plus fort.

Au milie de ce tohu-bohu et de ce vacarme, un âne trottait vivement, harcelé par un malotru armé d'un fouet.

Comme l'âne allait tourner l'angle d'un trottoir, un beau monsieur ganté, verni, cruellement cravaté et emprisonné dans des habits tout neufs, s'inclina cérémonieusement devant l'humble bête, et lui dit, en ôtant son chapeau: "Je vous la souhaite bonne et heureuse!" puis se retourna vers je ne sais quels camarades avec un air de fatuité, comme pour les prier d'ajouter leur approbation à son contentement.

L'âne ne vit pas ce beau plaisant, et continua de courir avec zèle où l'appelait son devoir.

Pour moi, je fus pris subitement d'une incommensurable rage contre ce magnifique imbécile, qui me parut concentrer en lui tout l'esprit de la France.

UN BROMISTA

Era la explosión del año nuevo: caos de barro y nieve, atravesado por mil carrozas, centelleante de juguetes y bombones, bullente de ansias y desesperaciones, delirio oficial de una gran ciudad hecho para turbar el cerebro del más reacio solitario.

En medio de tal barullo y alboroto, un asno trotaba vivamente, azuzado por un patán armado con un látigo.

Estaba el asno por dar vuelta en una esquina, cuando un apuesto señor, enguantado, charolado, cruelmente encorbatado y aprisionado en ropas nuevas, se inclinó ceremoniosamente ante el humilde animal, y le dijo, quitándose el sombrero: "¡Muchas felicidades!" volviéndose después hacia no sé qué amigos con un aire fatuo, como para rogarles añadir su aprobación a su alegría.

El asno no vio a ese apuesto bromista y continuó corriendo con celo hacia donde lo llamaba su deber.

En cuanto a mí, me acometió de pronto una inconmensurable rabia contra ese magnífico imbécil, que me pareció concentrar en sí todo el ingenio de Francia.

LE CHIEN ET LE FLACON

“–Mon beau chien, mon bon chien, mon cher toutou, approchez et venez respirer un excellent parfum acheté chez le meilleur parfumeur de la ville”.

Et le chien, en frétillant de la queue, ce qui est, je crois, chez ces pauvres êtres, le signe correspondant du rire et du sourire, s’approche et pose curieusement son nez humide sur le flacon débouché; puis, réculant soudainement avec effroi, il aboie contre moi en manière de reproche.

“ – Ah! misérable chien, si je vous avais offert un paquet d’excréments, vous l’auriez flairé avec délices et peut-être devoré. Ainsi, vous-même, indigne compagnon de ma triste vie, vous ressemblez au public, à qui il ne faut jamais présenter des parfums délicats qui l’exaspèrent, mais des ordures soigneusement choisies”.

EL PERRO Y EL FRASCO

“ – Mi lindo perro, mi buen perro, mi querido perrito, acércate y ven a respirar un excelente perfume comprado en la mejor perfumería de la ciudad”.

Y el perro, agitando la cola, lo que es, creo, entre esos pobres seres, el signo correspondiente a la risa y la sonrisa, se aproxima y posa curiosamente su nariz húmeda sobre el frasco destapado; después, reculando de improviso con espanto, ladra contra mí a manera de reproche.

“–¡Ah! miserable perro, si te hubiera ofrecido un paquete de excrementos, lo hubieras olfateado con delicia y quizás devorado. Así, tú mismo, compañero de mi triste vida, te pareces al público, a quien nunca hay que ofrecer delicados perfumes que lo exasperan, sino inmundicias cuidadosamente elegidas”.

LEQUELLE EST LA VRAIE?

J'ai connu une certaine Bénédicta, qui remplissait l'atmosphère d'idéal, et dont les yeux répandaient le désir de la grandeur, de la beauté, de la gloire et de tout ce qui fait croire à l'immortalité.

Mais cette fille miraculeuse était trop belle pour vivre longtemps; aussi est-elle morte quelques jours après que j'eus fait sa connaissance, et c'est moi-même qui l'ai enterrée, un jour que le printemps agitait son encensoir jusque dans les cimetières. C'est moi qui l'ai enterrée, bien close dans une bière d'un bois parfumé et incorruptible comme les coffres de l'Inde.

Et, comme mes yeux restaient fichés sur le lieu où était enfoui mon trésor, je vis subitement une petite personne qui ressemblait singulièrement à la défunte, et qui, piétinant sur la terre fraîche avec une violence hystérique et bizarre, disait en éclatant de rire: "C'est moi, la vraie Bénédicta! C'est moi, une fameuse canaille! Et pour la punition de ta folie et de ton aveuglement, tu m'aimeras telle que je suis!"

Mais moi, furieux, j'ai répondu: "Non! non! non!" Et pour mieux accentuer mon refus, j'ai frappé si violemment la terre du pied que ma jambe s'est enfoncée jusqu'au genou dans la sépulture récente, et que, comme un loup pris au piège, je reste attaché, pour toujours peut-être, à la fosse de l'Idéal.

¿CUÁL ES LA VERDADERA?

Conocí a una cierta Benedicta, que colmaba la atmósfera de ideal, y cuyos ojos expandían el deseo de la grandeza, de la belleza, de la gloria y de todo lo que hace creer en la inmortalidad.

Pero esa muchacha milagrosa era demasiado bella para vivir mucho tiempo; así ella murió algunos días después que la hube conocido, y yo mismo la enterré, un día en que la primavera agitaba su incensario hasta en los cementerios. Fui yo quien la enterré, bien encerrada en un ataúd de una madera perfumada e incorruptible como los cofres de la India.

Y, como mis ojos seguían clavados en el lugar donde había sepultado a mi tesoro, de pronto vi a una personita que se parecía singularmente a la difunta, y que, pisoteando la tierra fresca con una violencia histérica y extraña, decía riendo a carcajadas: "¡Soy yo, la verdadera Benedicta! ¡Soy yo, una famosa canalla! ¡Y para castigo de tu locura y de tu ceguera, me amarás tal como soy!"

Pero yo, furioso, respondí: "¡No! ¡no! ¡no!" Y para acentuar mejor mi rechazo, golpeé tan violentamente la tierra con el pie que mi pierna se hundió hasta la rodilla en la reciente sepultura, y que, como un lobo cogido en la trampa, quedé atrapado, para siempre quizá, en la fosa del Ideal.

LE MIROIR

Un homme épouvantabe entre et se regarde dans la glace.

“ – Porquoi vous regardez-vous au miroir, puisque vous ne pouvez vous y voir qu’avec déplaisir?”

L’homme épouvantable me répond: “ – Monsieur, d’après les immortels principes de 89, tous les hommes sont égaux en droits; donc je possède le droit de me mirer; avec plaisir ou déplaisir, cela ne regarde que ma conscience.”

Au nom du bon sens, j’avais sans doute raison; mais, au point de vue de la loi, il n’avait pas tort.

EL ESPEJO

Un hombre horroroso entra y se mira en el espejo.

"–¿Por qué se mira usted en el espejo, si no puede verse en él más que a disgusto? "

El hombre horroroso me responde: "– Señor, de acuerdo con los inmortales principios del 89, todos los hombres son iguales en derechos; por lo tanto tengo el derecho de mirarme; con placer o disgusto, es cosa que sólo atañe a mi conciencia".

En nombre del buen sentido, sin duda tenía yo razón; pero, desde el punto de vista de la ley, él no estaba equivocado.

LE PORT

Un port est un séjour charmant pour une âme fatiguée des luttes de la vie. L'ampleur du ciel, l'architecture mobile des nuages, les colorations changeantes de la mer, le scintillement des phares, sont un prisme merveilleusement propre à amuser les yeux sans jamais les lasser. Les formes élancées des navires, au gréement compliqué, auxquels la houle imprime des oscillations harmonieuses, servent à entretenir dans l'âme le goût du rythme et de la beauté. Et puis, surtout, il y a une sorte de plaisir mystérieux et aristocratique pour celui qui n'a plus ni curiosité ni ambition, à contempler, couché dans le belvédère ou accoudé sur le môle, tous ces mouvements de ceux qui partent et de ceux qui reviennent, de ceux qui ont encore la force de vouloir, le désir de voyager ou de s'enrichir.

EL PUERTO

Un puerto es una sede encantadora para un alma fatigada de las luchas por la vida. La amplitud del cielo, la arquitectura móvil de las nubes, las coloraciones cambiantes del mar, el centelleo de los faros, son un prisma maravillosamente apropiado para entretener los ojos sin cansarlos nunca. Las formas esbeltas de los navíos, de complicado aparejo, a los que la marejada imprime oscilaciones armoniosas, sirven para mantener en el alma el gusto por el ritmo y por la belleza. Además, sobre todo, hay una suerte de placer misterioso y aristocrático para quien ya no tiene ni curiosidad ni ambición, en contemplar, tendido en el mirador o acodado sobre el muelle, todos esos movimientos de los que parten y los que vuelven, de los que todavía tienen la fuerza de querer, el deseo de viajar o enriquecerse.

Historias extraordinarias

Este texto de Baudelaire, publicado originalmente en *La Revue de Paris* (donde lo introdujo Théophile Gautier) en 1852, constituye el primer estudio importante consagrado en Francia a Edgar Allan Poe, el gran escritor norteamericano, quien acababa de morir en 1849. Baudelaire venía traduciendo relatos de Poe desde el año anterior, publicados entre 1854 y 1855 en el diario *Le Pays* y reunidos luego, con este mismo texto como prólogo, en un volumen: *Histoires extraordinaires* (Michel Levy, París, 1856). Como se comprobará por su lectura, este texto va mucho más allá de la mera crítica literaria y, al mismo tiempo que testimonia fehacientemente el fuerte influjo que la vida y la obra de Poe tuvieron sobre Baudelaire y, por su intermedio, sobre lo mejor de la cultura europea, nos plantea más de un inquieto interrogante sobre la muy honda identificación personal del autor de *Les fleurs du mal* con el gran virginiano, dos destinos igualmente gloriosos e igualmente desdichados, incomprendidos por su sociedad y por su época.

VIDA Y OBRAS DE EDGAR POE

I

Hace poco tiempo, fue llevado a nuestros tribunales un desdichado, cuya frente estaba ilustrada con un raro y singular tatuaje: *¡Sin suerte!* Llevaba así encima de sus ojos la etiqueta de su vida, como un libro su título, y el interrogatorio demostró que ese extraño texto era cruelmente verdadero. Hay, en la historia literaria, destinos análogos, verdaderos condenados, hombres que llevan las palabras *mala suerte* escritas con misteriosos caracteres en los pliegues sinuosos de su frente. El Ángel ciego de la expiación se ha apoderado de ellos y los azota a todo brazo para edificación de los otros. En vano su vida muestra talentos, virtudes, gracia: la Sociedad tiene para ellos un anatema especial, y acusa en ellos las enfermedades que su persecución les ha traído. – ¿Qué no hizo Hoffmann para desarmar al destino, y qué no emprendió Balzac para conjurar a la fortuna? – ¿Existe pues una Providencia diabólica que prepara la desdicha desde la cuna, que arroja con *premeditación* naturalezas espirituales y angélicas en medios hostiles, como mártires en los circos? ¿Hay pues almas *sagradas*, dedicadas al altar, condenadas a marchar a la muerte y a la gloria a través de sus propias ruinas? ¿La pesadilla de las *Tinieblas* asediará eternamente a esas almas elegidas? En vano se debaten, en vano se amoldan al mundo, a sus previsiones, a sus astucias; perfeccionarán la prudencia, taparán todas las salidas, acolchonarán las ventanas contra los proyectiles del azar; pero el Diablo entrará por una cerradura; una perfección será el

defecto de su coraza, y una cualidad superlativa el germen de su condenación.

Para quebrarla, el águila, desde lo alto del cielo,
Sobre su frente libre soltará a la tortuga,
Porque ellas *deben morir inevitablemente.*

Su destino está escrito en toda su constitución, brilla con un resplandor siniestro en sus miradas y en sus gestos, circula en sus arterias con cada uno de sus glóbulos sanguíneos.

Un célebre escritor de nuestro tiempo ha escrito un libro para demostrar que el poeta no puede encontrar un buen lugar ni en una sociedad democrática ni en una aristocrática, ni en una república ni en una monarquía absoluta o atemperada. ¿Quién ha sido capaz de responderle perentoriamente? Yo aporto hoy una nueva leyenda en apoyo de su tesis, agrego un nuevo santo al martirologio; voy a escribir la historia de uno de esos ilustres desdichados, demasiado rico de poesía y de pasión, que ha venido, después de tantos otros, a hacer en este bajo mundo el rudo aprendizaje del genio entre almas inferiores.

¡Lamentable tragedia, la vida de Edgar Poe! ¡Su muerte, horrible desenlace cuyo horror se acrecienta por la trivialidad! De todos los documentos que he leído resultó para mí la convicción de que los Estados Unidos no fueron para Poe más que una vasta prisión, que recorría con la afiebrada agitación de un ser hecho para respirar en un mundo más agradable –que una enorme barbarie iluminada a gas–, y que su vida interior, espiritual, de poeta o aun de borracho, no era más que un esfuerzo perpetuo para escapar a la influencia de

esa atmósfera antipática. Despiadada dictadura la de la opinión en las sociedades democráticas; no imploren de ella ni caridad ni indulgencia, ni elasticidad alguna en la aplicación de sus leyes a los casos múltiples y complejos de la vida moral. Se diría que del amor impío de la libertad ha nacido una nueva tiranía, la tiranía de las bestias o zoocracia, que por su insensibilidad feroz recuerda al ídolo de Jaggernaut. Un biógrafo nos dirá gravemente –está bien intencionado el hombre– que Poe, si hubiera querido regularizar su genio y aplicar sus facultades creadoras de una manera más apropiada al suelo norteamericano, hubiera podido volverse un autor con dinero, *a money making author*. Otro –un ingenuo cínico ése–, que por bello que fuera el genio de Poe, más le hubiera valido no tener más que talento, ya que el talento se descuenta siempre más fácilmente que el genio. Otro, que ha dirigido diarios y revistas, un amigo del poeta, confiesa que era difícil emplearlo, y que se veían obligados a pagarle menos que a otros, porque escribía en un estilo muy por encima de lo vulgar. *¡Qué olor a almacén!* como decía Joseph de Maistre.

Algunos han osado mucho más, y, uniendo la ininteligencia más pesada de su genio a la ferocidad de la hipocresía burguesa, lo han insultado a gusto; y, después de su repentina desaparición, han morigerado rudamente a ese cadáver –particularmente el Sr. Rufus Griswold, quien, para recordar aquí la expresión vengadora del Sr. George Graham, ha cometido entonces una inmortal infamia. Poe, experimentando quizá el siniestro presentimiento de su fin súbito, había designado a los Sres. Griswold y Willis para poner sus obras en orden, escribir su vida y restaurar su

memoria. Ese pedagogo-vampiro ha difamado largamente a su amigo en un enorme artículo, chato y odioso, justo al frente de la edición póstuma de sus obras. ¿Es que no hay en Norteamérica ordenanza que prohíba a los perros entrar a los cementerios? En cuanto al Sr. Willis, ha demostrado, por el contrario, que la benevolencia y la decencia marchan siempre con el auténtico espíritu, y que la caridad hacia nuestros cofrades, que es un deber moral, es también uno de los mandatos del gusto.

Hablen de Poe con un norteamericano, confesará quizá su genio, quizá hasta se muestre orgulloso de él; pero, con un tono sardónico superior que huele a su hombre positivo, les hablará de la vida desarreglada del poeta, de su aliento alcoholizado que hubiera encendido la llama de una vela, de sus costumbres vagabundas; les dirá que era un ser errático y heteróclito, un planeta desorbitado, que rodaba sin cesar de Baltimore a Nueva York, de Nueva York a Filadelfia, de Filadelfia a Boston, de Boston a Baltimore, de Baltimore a Richmond. Y si, con el corazón emocionado por esos preludios de una afligente historia, dais a entender que el individuo no es quizá el único culpable, y que debe ser difícil pensar y escribir cómodamente en un país donde hay millones de soberanos, un país sin capital, para hablar justamente, y sin aristocracia – entonces veréis sus ojos agrandarse y arrojar relámpagos, la baba del patriotismo sufriendo por subirle a los labios, y a Norteamérica, por su boca lanzar injurias a Europa, su vieja madre, y a la filosofía de los antiguos días.

Repito que yo estoy persuadido de que Edgar Poe y su patria no eran del mismo nivel. Los Estados Unidos son un país gigantesco e infantil, naturalmente celoso del viejo

continente. Orgulloso de su desarrollo material, anormal y casi monstruoso, ese recién venido a la historia tiene una fe ingenua en la omnipotencia de la industria; está convencido, como algunos desgraciados entre nosotros, que ella terminará por comerse al Diablo. ¡El tiempo y el dinero tienen allá un valor tan grande! La actividad material, exagerada hasta las proporciones de una manía nacional, deja en los espíritus bien poco lugar para las cosas que son de la tierra. Poe, que era de buena cepa, y que por otra parte profesaba que la gran desgracia de su país era no tener una aristocracia de raza, puesto que, decía, en un pueblo sin aristocracia el culto de lo Bello no puede sino corromperse, amenguarse y desaparecer –que acusaba en sus conciudadanos, hasta en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto, característico de los advenedizos–, que consideraba al Progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de papamoscas, y que denominaba a los *perfeccionamientos* del habitáculo humano cicatrices y abominaciones rectangulares – Poe era allí un cerebro singularmente solitario. Él no creía más que en lo inmutable, en lo eterno, en lo *self-same*, y gozaba –¡cruel privilegio en una sociedad enamorada de sí misma!– de ese gran buen sentido a la Maquiavelo que marcha delante del sabio, como una columna luminosa, a través del desierto de la historia. ¿Qué hubiera pensado, qué hubiera escrito, el infortunado, si hubiera escuchado a la teóloga del sentimiento suprimir el infierno por amistad con el género humano, al filósofo de la cifra proponer un sistema de seguros, una suscripción a un centavo por cabeza para la supresión de la guerra –¡y la abolición de la pena de muerte y de la ortografía, esas dos figuras correlativas!– y a tantos

otros enfermos que escriben, *la oreja inclinada al viento*, fantasías giratorias tan halagüeñas como el elemento que se las dicta? Si agregáis a esa visión impecable de lo real, verdadera enfermedad en ciertas circunstancias, una delicadeza exquisita de sentidos que una nota falsa torturaba, una fineza de gusto que todo, salvo la exacta proporción, rebelaba, un amor insaciable por lo Bello, que había alcanzado el poder de una pasión mórbida, no os asombraréis de que para un hombre semejante la vida se haya vuelto un infierno, y que haya terminado mal; os admiraréis de que haya podido *durar* tan largo tiempo.

II

La familia de Poe era una de las más respetables de Baltimore. Su abuelo materno había servido como *quarter-master-general* en la guerra de la independencia, y La Fayette lo tenía en alta estima y amistad. Éste, durante su último viaje a los Estados Unidos, quiso ver a la viuda del general y testimoniarle su gratitud por los servicios que le había prestado su marido. El bisabuelo había desposado a una hija del almirante inglés Mac Bride, que estaba relacionada con las más nobles casas de Inglaterra. David Poe, padre de Edgar e hijo del general, se prendó violentamente de una actriz inglesa, Elisabeth Arnold, célebre por su belleza; huyó con ella y la desposó. Para mezclar más íntimamente su destino con el suyo, se hizo comediante y apareció con su mujer en diferentes teatros, en las principales ciudades de la Unión.

Los dos esposos murieron en Richmond, casi al mismo tiempo, dejando en el abandono y la miseria más completa a tres hijos de corta edad, entre los cuales Edgar.

Edgar Poe había nacido en Baltimore, en 1813. –Es por su propia voz que doy este dato, porque él reclamó contra la afirmación de Griswold, que fechaba su nacimiento en 1811–. Si nunca el espíritu novelesco, para servirme de una expresión de nuestro poeta, presidió un nacimiento, –¡espíritu siniestro y tormentoso!– ciertamente presidió el suyo. Poe fue verdaderamente el hijo de la pasión y de la aventura. Un rico comerciante de la ciudad, el Sr. Allan, se prendó de ese lindo desdichado que la naturaleza había dotado de una manera encantadora, y, como no tenía hijos, lo adoptó. Éste se llamó desde entonces Edgar Allan Poe. Fue así educado en un bello desahogo y en la esperanza legítima de una de esas fortunas que dan al carácter una soberbia certidumbre. Sus padres adoptivos lo llevaron en un viaje que hicieron por Inglaterra, Escocia e Irlanda, y, antes de volver a su país, lo dejaron con el doctor Bransby, que tenía un importante establecimiento educativo en Stoke-Newington, cerca de Londres. –Poe mismo, en *William Wilson*, describe esa extraña casa, construida en el viejo estilo isabelino, y las impresiones de su vida de escolar.

Volvió a Richmond en 1822, y continuó sus estudios en Norteamérica, bajo la dirección de los mejores maestros del lugar. En la universidad de Charlottesville, donde entró en 1825, se distinguió no solamente por una inteligencia casi milagrosa, sino también por una abundancia casi siniestra de pasiones –una precocidad verdaderamente

norteamericana–, que, finalmente, fue la causa de su expulsión. Es bueno anotar de paso que Poe ya había manifestado en Charlottesville, una aptitud de las más notables para las ciencias físicas y matemáticas. Más tarde hará de ellas un uso frecuente en sus extraños cuentos, y de ellas extraerá medios muy inesperados. Pero tengo razones para creer que no es a este género de composiciones al que él otorgaba la mayor importancia, y que –quizá justamente a causa de esa precoz aptitud– no estaba lejos de considerarlos como *fáciles* malabarismos, comparado con las obras de pura imaginación. Algunas desgraciadas deudas de juego trajeron una desavenencia momentánea entre él y su padre adoptivo, y Edgar –hecho de los más curiosos y que prueba, dígase lo que se diga, una dosis de caballerosidad muy fuerte en su impresionable cerebro– concibió el proyecto de mezclarse en la guerra de los Griegos y de ir a combatir a los Turcos. Partió pues hacia Grecia. ¿Qué le ocurrió en Oriente? ¿Qué hizo él allí? ¿Estudió las orillas clásicas del Mediterráneo? ¿Por qué volvemos a encontrarlo en San Petersburgo, sin pasaporte, comprometido, y en qué clase de asunto, obligado a llamar al cónsul norteamericano, Henry Middleton, para escapar a la justicia rusa y volver a su casa? Lo ignoramos; hay allí una laguna que sólo él podría colmar. La vida de Edgar Poe, su juventud, sus aventuras en Rusia y su correspondencia han sido largamente anunciadas por los diarios norteamericanos y nunca han aparecido.

Vuelto a Norteamérica en 1829, manifestó el deseo de entrar a la escuela militar de West Point; fue admitido en efecto, y, allí como en todas partes, mostró los signos de una

inteligencia admirablemente dotada, pero indisciplinable, y, al cabo de algunos meses, fue dado de baja. Al mismo tiempo ocurría en su familia adoptiva un acontecimiento que debía tener las consecuencias más graves sobre toda su vida. La Sra. Allan, por la cual él parece haber sentido un afecto realmente filial, murió, y el Sr. Allan se casó con una mujer muy joven. Una querella doméstica aparece aquí, una historia extraña y tenebrosa que no puedo contar, porque no está claramente explicada por ningún biógrafo. No hay razón por lo tanto para asombrarse de que se haya separado definitivamente del Sr. Allan, y de que éste, que tuvo hijos de su segundo matrimonio, lo haya frustrado completamente en su sucesión.

Poco tiempo después de haber dejado Richmond, Poe publicó un pequeño volumen de poemas; era en verdad una aurora brillante. Para quien sabe sentir la poesía inglesa, ya está allí el acento extraterrestre, la calma en la melancolía, la solemnidad deliciosa, la experiencia precoz –iba, creo, a decir *experiencia innata*–, que caracterizan a los grandes poetas.

La miseria lo hizo algún tiempo soldado, y es presumible que se servía de los pesados ocios de la vida de cuartel para preparar los materiales de sus futuras composiciones, composiciones extrañas, que parecen haber sido creadas para demostrar que la rareza es una de las partes integrantes de lo Bello. Vuelto a la vida literaria, el único elemento donde pueden respirar ciertos seres desclasados, Poe se moría en una miseria extrema, cuando un azar feliz lo levantó. El propietario de una revista acababa de fundar dos premios, uno para el mejor cuento, otro para el mejor poema. Una

escritura singularmente bella atrajo los ojos del Sr. Kennedy, que presidía el jurado, y le dio ganas de examinar él mismo los manuscritos. Encontró que Poe había ganado los dos premios; pero uno solo le fue entregado. El presidente del jurado se sintió curioso de ver al desconocido. El editor del periódico le trajo un joven de una belleza sorprendente, en harapos, abotonado hasta el mentón, y que tenía el aire de un gentilhombre tan orgulloso como hambriento. Kennedy se portó bien. Hizo que Poe conociera a un Sr. Thomas White, que fundaba en Richmond el *Southern Literary Messenger*. El Sr. White era un hombre de audacia, pero sin ningún talento literario; le faltaba una ayuda. Poe se encontró pues, muy joven –a los veintidós años–, como director de una revista cuyo destino reposaba enteramente sobre él. Su prosperidad, él la creó. El *Southern Literary Messenger* ha reconocido desde entonces que era a ese excéntrico maldito, a ese borracho incorregible, que debía su clientela y su fructuosa notoriedad. Es en esa *tienda* que aparece por primera vez la *Aventura sin igual de un cierto Hans Pfaall*, y muchos otros cuentos que nuestros lectores verán desfilar ante sus ojos. Durante cerca de dos años, Edgar Poe, con un ardor maravilloso, asombró a su público con una serie de composiciones de un género nuevo y con artículos críticos cuya vivacidad, nitidez, severidad razonadas estaban bien hechos para atraer los ojos. Esos artículos trataban sobre libros de todo género, y la fuerte educación que el joven se había hecho no lo sirvió mediocremente. Es bueno que se sepa que ese trabajo considerable se hacía por quinientos dólares, es decir, dos mil setecientos francos por año. "*Inmediatamente*" dice

Griswold, lo que quiere decir: "*¡Se creyó pues muy rico, el imbécil!",* se casó con una muchacha, bella, encantadora, de una naturaleza amable y heroica, pero que no poseía ni un centavo, agrega el mismo Griswold con un matiz desdeñoso. Era la señorita Virginia Clemm, su prima.

A pesar de los servicios prestados a su periódico, el Sr. White se disgustó con Poe, al cabo de casi dos años. La razón de esa separación se encuentra evidentemente en los accesos de hipocondría y en las crisis de ebriedad del poeta –accidentes característicos que ensombrecen su cielo espiritual, como esas nubes lúgubres que dan repentinamente al más romántico paisaje un aire de melancolía en apariencia irremediable–. Desde entonces, veremos al infortunado desplazar su tienda, como un hombre del desierto, y transportar sus ligeros penates por las principales ciudades de la Unión. Adonde vaya, dirigirá revistas en las cuales colaborará de una manera sorprendente. Expandirá con una deslumbrante rapidez artículos críticos, filosóficos, y cuentos plenos de magia que aparecen reunidos bajo el título de *Tales of the Grotesque and the Arabesque,* título notable e intencional, ya que los ornamentos grotescos y arabescos rechazan la figura humana, y se verá que en muchos aspectos la literatura de Poe es extra o sobrehumana. Sabremos por notas hirientes y escandalosas insertadas en los periódicos, que el Sr. Poe y su mujer se encuentran peligrosamente enfermos en Fordham y en una absoluta miseria. Poco tiempo después de la muerte de la Sra. Poe, el poeta sufre los primeros síntomas del *delirium tremens*. Una nota nueva aparece repentinamente en un diario –ésa más que cruel–, que acusa a su

desprecio y su disgusto del mundo, y le hace uno de esos juicios tendenciosos, verdaderas requisitorias de la opinión, contra los cuales tuvo siempre que defenderse –una de las luchas más estérilmente agobiantes que yo conozca.

Sin duda ganaba dinero, y sus trabajos literarios podían casi hacerlo vivir. Pero tengo las pruebas de que tenía sin cesar asquerosas dificultades que superar. Soñó, como tantos otros escritores, con una *Revista* suya, quería estar en *su* casa, y el hecho es que había sufrido lo suficiente como para desear ardientemente ese abrigo definitivo para su pensamiento. Para alcanzar ese resultado, para procurarse una suma de dinero suficiente, recurrió a las *lecturas*. Se sabe lo que son esas lecturas –una especie de especulación, el Colegio de Francia puesto a disposición de todos los literatos, el autor no publicando su *lectura* sino después que le ha extraído todas las recetas que ella puede brindar. Poe ya había dado en Nueva York una lectura de *Eureka*, su poema cosmogónico, que hasta había levantado gruesas discusiones. Se le ocurrió esta vez dar *lecturas* en su tierra, en Virginia. Contaba, como le escribió a Willis, con hacer una gira por el Oeste y el Sud, y esperaba la colaboración de sus amigos literarios y de sus antiguos conocidos de colegio y de West Point. Visitó pues las principales ciudades de Virginia; y Richmond volvió a ver a aquel que había conocido tan joven, tan pobre, tan arruinado. Todos los que no habían visto a Poe desde el día de su oscuridad corrieron en multitud para contemplar a su ilustre compatriota. Apareció bello, elegante, correcto como el genio. Hasta creo que, desde hacía algún tiempo, había impulsado la condescendencia hasta hacerse admitir en una sociedad de temperancia. Eligió un

tema tan amplio como elevado: *el Fundamento de la Poesía*, y lo desarrolló con esa lucidez que es uno de sus privilegios. Creía, como verdadero poeta que era, que la finalidad de la poesía es de igual naturaleza que su fundamento, y que ella no debe tener en vista otra cosa aparte de sí misma.

La buena acogida que se le hizo inundó su pobre corazón de orgullo y de alegría; se mostraba tan encantado, que hablaba de establecerse definitivamente en Richmond y de terminar su vida en los lugares que su infancia le había hecho caros. Sin embargo, tenía asuntos que atender en Nueva York y partió el 4 de octubre, quejándose de escalofríos y de debilidades. Sintiéndose siempre bastante mal llegó a Baltimore, el 6, de noche, hizo llevar sus valijas al embarcadero desde donde debía dirigirse a Filadelfia, y entró en una taberna para tomar un excitante cualquiera. Allí, desdichadamente, encontró a viejos conocidos y se retrasó. Al día siguiente por la mañana, en las pálidas tinieblas del amanecer, un cadáver fue encontrado en el camino –¿es así como hay que decirlo?–, no, un cuerpo vivo todavía, pero que la Muerte ya había marcado con su sello real. Sobre ese cuerpo, del que se ignoraba el nombre, no se hallaron ni papeles ni dinero, y se lo trasladó a un hospital. Es allí donde Poe murió, la noche misma del domingo 7 de octubre de 1849, a la edad de treinta y siete años, vencido por el *delirium tremens*, ese terrible visitante que ya había frecuentado su cerebro una o dos veces. Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre de genio que había escrito en *El Gato Negro* estas palabras fatídicas: "*¿Qué enfermedad es comparable al alcohol?*".

Esa muerte es casi un suicidio –un suicidio preparado desde hacía mucho tiempo. Al menos, ella causó escándalo. El clamor fue grande, y la *virtud* dio carrera a su *canto* enfático, libremente y voluptuosamente. Las oraciones fúnebres más indulgentes no pudieron no dar lugar a la inevitable moral burguesa, que no podía dejar que se le escapara una tan admirable ocasión. El Sr. Griswold difamó; el Sr. Willis, sinceramente afligido, estuvo más allá de lo conveniente. ¡Ay! aquel que había franqueado las alturas más arduas de la estética y que se había hundido en los abismos menos explorados del intelecto humano; aquel que, a través de una vida que semeja una tempestad sin calma, había encontrado medios nuevos, procedimientos desconocidos, para asombrar a la imaginación, para seducir a los espíritus sedientos de lo Bello, acababa de morir en algunas horas en un lecho de hospital, ¡qué destino! ¡Y tanta grandeza y tanta desgracia, para levantar un torbellino de fraseología burguesa, para volverse el pasto y el tema de los periodistas virtuosos!

Ut declamatio fias!

Esos espectáculos no son nuevos; es raro que una sepultura fresca e ilustre no se convierta en una cita de escándalos. Por otra parte, la sociedad no ama a esos rabiosos desdichados, y, sea que turben sus fiestas, sea que los considere ingenuamente como remordimientos, ella tiene incontestablemente razón. ¿Quién no recuerda las declamaciones parisienses cuando la muerte de Balzac, que sin embargo murió correctamente? Y más recientemente todavía, hace hoy, 26 de enero, justo un

año, cuando un escritor[1] de una honestidad admirable, de una alta inteligencia, y que siempre estuvo lúcido, fue discretamente, sin molestar a nadie, tan discretamente que su discreción parecía desprecio, a desatar su alma en la calle más negra que pudo encontrar, ¡qué asquerosas homilías!, ¡qué asesinato refinado! Un periodista célebre, a quien Jesús no enseñará nunca las maneras generosas, encontró la aventura tan jovial como para celebrarla en un grueso retruécano. Entre la múltiple enumeración de los *derechos del hombre* que la sabiduría del siglo XIX recomienza tan a menudo y tan complacientemente, dos muy importantes han sido olvidados, que son el derecho de contradecirse y el derecho de *irse*. Pero la *sociedad* mira a aquel que se va como un insolente; ella castigaría con ganas a ciertos despojos fúnebres, como ese desdichado soldado, afectado de vampirismo, al que la visión de un cadáver excitaba hasta la furia. Y sin embargo se puede decir que, bajo la presión de ciertas circunstancias, después de un serio examen de ciertas incompatibilidades, con firmes creencias en ciertos dogmas y metempsicosis, se puede decir, sin énfasis y sin juego de palabras, que el suicidio es quizá la acción más razonable de la vida. Y así se forma una compañía de fantasmas ya numerosa, que nos persigue familiarmente, y cada uno de cuyos miembros viene a alabarnos su reposo actual y a deslizarnos sus persuasiones.

Confesemos sin embargo que el lúgubre fin del autor de *Eureka* suscitó algunas consoladoras excepciones, sin lo cual habría que desesperar, y la plaza sería indefendible.

1 Baudelaire alude aquí al suicidio de Gérard de Nerval, que lo conmovió profundamente (N. del T.).

El Sr. Willis, como ya lo he dicho, habló honestamente, y aún con emoción, de las buenas relaciones que él siempre había tenido con Poe. Los Sres. John Neal y George Graham intimaron al Sr. Griswold al pudor. El Sr. Longfellow, y éste tanto más meritorio dado que Poe lo había maltratado cruelmente, supo elogiar de una manera digna de un poeta su alto poderío como poeta y como prosista. Un desconocido escribió que la Norteamérica literaria había perdido su cabeza más sólida.

Pero el corazón roto, el corazón desgarrado, el corazón perforado por siete espadas, fue el de la Sra. Clemm. Edgar era a la vez su hijo y su hija. ¡Rudo destino, dijo Willis de quien tomo estos detalles, casi palabra por palabra, rudo destino ese que ella vigilaba y protegía! Edgar Poe era un hombre embarazoso; además de que escribía con una fastidiosa dificultad y *en un estilo muy por encima del nivel intelectual común para que se lo pudiera pagar caro*, estaba siempre metido en problemas de dinero, y a menudo él y su mujer enferma carecían de las cosas más necesarias para su vida. Un día, Willis vio entrar en su escritorio a una mujer, vieja, dulce, grave. Era la Sra. Clemm. Ella *buscaba trabajo* para su querido Edgar. El biógrafo dice que fue sinceramente tocado, no solamente por el elogio perfecto, por la apreciación exacta que ella hacía de los talentos de su hijo, sino también por todo su ser exterior, por su voz dulce y triste, por sus maneras un poco anticuadas, pero bellas y grandes. Y durante muchos años, agrega, hemos visto a esa infatigable servidora del genio, pobremente e insuficientemente vestida, yendo de periódico en periódico

para vender tanto un poema, tanto un artículo, diciendo a veces que estaba enfermo, única explicación, única razón, invariable excusa que ella daba cuando su hijo se hallaba golpeado momentáneamente por una de esas esterilidades que conocen los escritores nerviosos, y no permitiendo nunca a sus labios soltar una sílaba que pudiera ser interpretada como una duda, como una disminución de confianza en el genio y la voluntad de su bien amado. Cuando su hija murió, ella se ligó al sobreviviente de la desastrosa batalla con un ardor maternal reforzado, defendiéndolo contra la vida y contra sí mismo. Ciertamente –concluye Willis con una alta e imparcial razón–, si la devoción de la mujer nacida con un primer amor y mantenida por la pasión humana glorifica y consagra su objeto, ¿qué no dice a favor de aquel que inspira una devoción como ésta, pura, desinteresada y santa como un centinela divino? Los detractores de Poe hubieran debido en efecto notar que hay seducciones tan poderosas que no pueden ser sino virtudes.

Se adivina cuán terrible fue la noticia para la desdichada mujer. Ella escribió a Willis una carta de la cual reproduzco algunas líneas:

"Me he enterado esta mañana de la muerte de mi bien amado Eddie... ¿Puede usted transmitirme algunos detalles, algunas circunstancias?... ¡Oh! no abandone a su pobre amiga en esta amarga aflicción... Dígale a M... que me venga a ver; tengo que cumplir con él un encargo de parte de mi pobre Eddie... No tengo necesidad de rogarle que anuncie su muerte y que hable bien de él. Sé que usted lo hará. *Pero diga bien qué hijo afectuoso era para mí*, su pobre madre desconsolada...".

Esta mujer me parece grande y más que antigua. Abrumada por un golpe irreparable, no piensa sino en la reputación de aquel que era todo para ella, y no basta, para contentarla, que se diga que era un genio, es necesario que se sepa que era un hombre de deber y de afecto. Es evidente que esta madre –antorcha y hogar alumbrado por un rayo del más alto cielo– ha sido dada como ejemplo a nuestras razas demasiado poco cuidadosas de la devoción, del heroísmo, y de todo lo que es más que el deber. ¿No era justo inscribir delante de las obras del poeta el nombre de aquella[2] que fue el sol moral de su vida? Embalsamará en su gloria el nombre de la mujer cuya ternura sabía curar sus llagas, y cuya imagen revoloteará incesantemente por encima del martirologio de la literatura.

III

La vida de Poe, sus costumbres, sus maneras, su ser físico, todo lo que constituye el conjunto de su personaje, se nos aparecen como algo tenebroso y brillante a la vez. Su persona era singular, seductora y, como sus obras, marcada por un indefinible sello de melancolía. Por otra parte, estaba notablemente bien dotado de todas maneras. Joven, había mostrado una rara aptitud para todos los ejercicios físicos, y, aunque fuera pequeño, con pies y manos de mujer, con todo su ser llevando por otra parte ese carácter de delicadeza

2 Sin duda muy tocado por la personalidad de esa mujer, tan distinta a su propia madre, la traducción que hizo de Poe: *Histoires extraordinaires*, fue enfáticamente dedicada por Baudelaire a Maria Clemm (N. del T.).

femenina, era más que robusto y capaz de maravillosos rasgos de fuerza. Había, en su juventud, ganado una apuesta como nadador que sobrepasa la medida ordinaria de lo posible. Se diría que la Naturaleza proporciona, a aquellos de los cuales quiere sacar grandes cosas, un temperamento enérgico, así como da una poderosa vitalidad a los árboles que están encargados de simbolizar el duelo y el dolor. Esos hombres, con apariencias a veces endebles, están tallados como atletas, son buenos para la orgía y para el trabajo, prontos para los excesos y capaces de asombrosas sobriedades.

Hay algunos puntos relativos a Edgar Poe sobre los cuales hay acuerdo unánime, por ejemplo su alta distinción natural, su elocuencia y su belleza, de la cual, por lo que se dice, sacaba algo de vanidad. Sus maneras, mezcla singular de altanería con una dulzura exquisita, estaban plenas de certidumbre. Fisonomía, pasos, gestos, aires de cabeza, todo lo designaba, sobre todo en sus buenos días, como una criatura de elección. Todo su ser respiraba una solemnidad penetrante. Estaba realmente marcado por la Naturaleza, como esas figuras de transeúntes que atraen el ojo del observador y preocupan su memoria. El pedante y agrio Griswold mismo confiesa que, cuando fue a visitar a Poe y lo encontró pálido y enfermo todavía de la muerte y la enfermedad de su mujer, fue tocado desmesuradamente, no sólo por la perfección de sus maneras, sino también por la fisonomía aristocrática, por la atmósfera perfumada de su departamento, por otra parte muy modestamente amueblado. Griswold ignora que el poeta tiene más que todos los hombres ese maravilloso privilegio, atribuido a la mujer parisiense y a la española, de

saber arreglarse con una nada, y que Poe, enamorado de lo bello en todas las cosas, hubiera encontrado el arte de transformar una choza en un palacio de una especie nueva. ¿No escribió, con el espíritu más original y más curioso, proyectos de mobiliarios, planos de casas de campo, de jardines y reformas de paisajes?

Existe una carta encantadora de la Sra. Frances Osgood, que fue una de las amigas de Poe, y que nos da sobre sus costumbres, sobre su persona y sobre su vida de hogar los más curiosos detalles. Esa mujer, que era ella misma una escritora distinguida, niega valientemente todos los vicios y todas las faltas reprochadas al poeta.

"Con los hombres, dice a Griswold, quizá era tal como usted lo pinta, y como hombre puede usted tener razón. Pero yo sostengo que con las mujeres era totalmente distinto, y que nunca una mujer ha podido conocer al Sr. Poe sin experimentar por él un profundo interés. Nunca se me apareció de otra manera que como un modelo de elegancia, de distinción y de generosidad.

"La primera vez que nos vimos, fue en *Astor-House*. Willis me había hecho llegar a la mesa *El Cuervo*, sobre el cual el autor, me dijo, deseaba conocer mi opinión. La música misteriosa y sobrenatural de ese poema extraño me penetró tan íntimamente, que, cuando me enteré que Poe deseaba serme presentado, experimenté un sentimiento singular y que se asemejaba al escalofrío. Apareció con su bella y orgullosa cabeza, sus ojos sombríos que irradiaban una luz de excepción, una luz de sentimiento y de pensamiento, con sus maneras que eran una mezcla intraducible de altanería

y de suavidad, me saludó, calmo, grave, casi frío; pero bajo esa frialdad vibraba una simpatía tan marcada, que no pude impedir sentirme profundamente impresionada. A partir de ese momento hasta su muerte, fuimos amigos..., y yo sé que, en sus últimas palabras, tuve mi parte de recuerdo, y que me ha dado, antes que su razón no fuera derribada de su trono de soberana, una prueba suprema de su fidelidad en amistad.

"Era sobre todo en su interior, a la vez simple y poético, que el carácter de Edgar Poe aparecía para mí en su más bella luz. Travieso, afectuoso, espiritual, a veces dócil y a veces malvado como un niño mimado, tenía siempre para su joven, dulce y adorada mujer, y para todos quienes llegaban, aun en medio de sus más agobiantes trabajos literarios, una palabra amable, una sonrisa acogedora, atenciones graciosas y corteses. Pasaba interminables horas frente a su escritorio, bajo el retrato de su *Lenore*, la amada y la muerta, siempre asiduo, siempre resignado y fijando con su admirable escritura las brillantes fantasías que atravesaban su sorprendente cerebro incesantemente despierto. Recuerdo haberlo visto una mañana más feliz y más alegre que de costumbre. Virginia, su dulce mujer, me había rogado que fuera a verlos, y me era imposible resistirme a sus pedidos... Lo encontré trabajando en la serie de artículos que ha publicado bajo el título: *The Literati of New York*. "Vea" me dijo desplegando con una risa de triunfo muchos pequeños rollos de papel (escribía sobre bandas estrechas, sin duda para conformar su copia a la *justificación* de los periódicos), "voy a mostrarle por la diferencia de los tamaños los diversos grados de estima que tengo por cada miembro de su gente literaria.

En cada uno de esos papeles, uno de ustedes es sacudido y limpiamente discutido... ¡Venga, Virginia, y ayúdeme!" Y los desplegaron uno por uno. Al fin, había uno que parecía interminable. Virginia, siempre riendo, retrocedió hasta un rincón de la habitación, teniéndolo por un extremo, y su marido hacia otro rincón con el otro extremo. "¿Y quién es el agraciado, dije, que habéis juzgado digno de esta inconmensurable dulzura? –¡La escucháis, gritó, como si su vanidoso corazoncito no le hubiera ya dicho que es ella misma!"

"Cuando me vi obligada a viajar por mi salud, mantuve una correspondencia regular con Poe, obedeciendo así a las vivas solicitaciones de su mujer, que creía que yo podía tener sobre él una influencia y un ascendiente saludables... En cuanto al amor y a la confianza que existían entre su mujer y él, y que eran para mí un espectáculo delicioso, no sería capaz de hablar con suficiente convicción, con suficiente calor. Olvido algunos pequeños episodios poéticos en los cuales lo arrojó su temperamente novelesco. Pienso que ella era la única mujer que él siempre amó verdaderamente...".

En los Relatos de Poe, nunca hay amor. Al menos, *Ligeia*, *Eleonora*, no son, para hablar justamente, historias de amor, siendo completamente distinta la idea principal sobre la cual pivotea la obra. Quizá creía que la prosa no es una lengua a la altura de ese extraño y casi intraducible sentimiento; pero sus poemas, en cambio, están fuertemente saturados de ello. La divina pasión aparece allí magnífica, estrellada, y siempre velada por una irremediable melancolía. En sus artículos, habla a veces del amor, y aún como de una cosa cuyo nombre hace estremecer la pluma. En *The Domain of Arnhaim*, afirmará que las cuatro condiciones elementales

de la felicidad son: la vida al aire libre, el amor de una mujer, el desapego de toda ambición y la creación de una nueva Belleza. Lo que corrobora la idea de la Sra. Frances Osgood con relación al respeto caballeresco de Poe por las mujeres, es que, a pesar de su prodigioso talento por lo grotesco y lo horrible, no hay en toda su obra un solo pasaje que tenga que ver con la lubricidad o aun con los placeres sensuales. Sus retratos de mujeres están, por así decirlo, aureolados; brillan en el seno de un vapor sobrenatural y están pintados a la manera enfática de un adorador. En cuanto a los *pequeños episodios novelescos*, ¿hay que asombrarse de que un ser tan nervioso, cuya sed de lo Bello era quizás el rasgo principal, haya a veces, con un ardor apasionado, cultivado la galantería, esa flor volcánica y almizclada para la cual el cerebro hirviente de los poetas es un terreno predilecto?

De su rara belleza personal, de la cual hablan muchos biógrafos, el espíritu puede, creo, hacerse una idea aproximada, llamando en su ayuda a todas las nociones vagas, pero sin embargo características, contenidas en la palabra *romántico*, palabra que sirve generalmente para expresar los géneros de belleza que consisten sobre todo en la expresión. Poe tenía una vasta frente, dominadora, donde ciertas protuberancias traicionaban las facultades desbordantes que ellas están encargadas de representar –construcción, comparación, causalidad–, y donde tronaba en un calmo orgullo el sentido de la idealidad, el sentido estético por excelencia. Sin embargo, a pesar de esos dones, o quizá a causa de esos privilegios exorbitantes, esa cabeza vista de perfil no ofrecía quizá un aspecto agradable. Como en todas las cosas excesivas por un sentido, un déficit podía resultar de la abundancia,

una pobreza de la usurpación. Tenía grandes ojos a la vez sombríos y plenos de luz, de un color indeciso y tenebroso, tirando al violeta, la nariz noble y sólida, la boca fina y triste, aunque ligeramente sonriente, el tinte moreno oscuro, la faz generalmente pálida, la fisonomía un poco distraída e imperceptiblemente pintada por una melancolía habitual.

Su conversación era de las más notables y esencialmente nutritiva. No era lo que se llama un buen charlista –una cosa horrible–, y por otra parte su palabra como su pluma tenía horror de lo convencional; pero un vasto saber, una lingüística poderosa, fuertes estudios, impresiones recogidas en muchos países, hacían de esa palabra una enseñanza. Su elocuencia, esencialmente poética, plena de método, y moviéndose siempre fuera de todo método conocido, un arsenal de imágenes extraídas de un mundo poco frecuentado por la muchedumbre de los espíritus, un arte prodigioso para deducir una proposición evidente y absolutamente aceptable de las percepciones secretas y nuevas, abriendo asombrosas perspectivas, y, en una palabra, el arte de encantar, de hacer pensar, de hacer soñar, de arrancar las almas de los pantanos de la rutina, tales eran las deslumbrantes facultades de las cuales mucha gente ha guardado el recuerdo. Pero ocurría a veces –se lo dice, al menos– que el poeta, complaciéndose en un capricho destructor, devolvía bruscamente a sus amigos a la tierra por un cinismo afligente y demolía brutalmente su obra de espiritualidad. Es por otra parte una cosa a señalar, que él era muy poco difícil en la elección de sus oyentes, y creo que el lector encontrará sin pena en la historia otras inteligencias grandes y originales,

para quienes toda compañía era buena. Ciertos espíritus, solitarios en medio de la muchedumbre y que se apaciguan en el monólogo, no tienen sino que recurrir a la delicadeza en materia de público. Es, en suma, una especie de fraternidad basada en el desprecio.

De su ebriedad –celebrada y reprochada con una insistencia que podría dar a creer que todos los escritores de los Estados Unidos, salvo Poe, son ángeles de sobriedad–, no obstante hay que hablar. Muchas versiones son plausibles, y ninguna excluye a las otras. Ante todo, estoy obligado a señalar que Willis y la Sra. Osgood afirman que una cantidad sumamente mínima de vino o de licor bastaba para perturbar completamente su organismo. Era por otra parte fácil suponer que un hombre tan realmente solitario, tan profundamente desdichado y que ha podido a menudo encarar todo el sistema social como una paradoja y una impostura; un hombre que, acosado por un destino sin piedad, repetía a menudo que la sociedad no es más que una turba de miserables (es Griswold quien informa eso, tan escandalizado como un hombre que puede pensar la misma cosa, pero que nunca la dirá), es natural, digo, suponer que ese poeta arrojado muy niño en los azares de la vida libre, el cerebro rodeado por un trabajo áspero y continuo, haya buscado a veces una voluptuosidad de olvido en las botellas. Rencores literarios, vértigos del infinito, dolores domésticos, insultos en la miseria, Poe escapaba de todo en lo negro de la ebriedad como en una tumba preparatoria. Pero, por buena que parezca esta explicación, no la encuentro suficientemente amplia, y desconfío de ella a causa de su deplorable

simplicidad.

Sé que no bebía golosamente, sino como bárbaro, con una actividad y una economía de tiempo completamente norteamericana, como cumpliendo una función homicida, como teniendo en él *algo* que matar, *a worm that would not die*. Cuenta por otra parte que un día, en el momento de volver a casarse (las amonestaciones habían sido publicadas, y, como se lo felicitaba por una unión que ponía en sus manos las más altas condiciones de felicidad y de bienestar, había dicho: "Es posible que hayan visto amonestaciones, pero fíjense bien en esto: ¡no me voy a casar!"), fue, espantosamente borracho, a escandalizar el vecindario de la que debía ser su mujer, habiendo así recurrido a su vicio para desembarazarse de un perjurio hacia la pobre muerta, cuya imagen vivía siempre en él y que había admirablemente cantado en su *Annabel Lee*. Considero pues, en un gran número de casos, el hecho infinitamente precioso de premeditación como adquirido y constatado.

Leo por otra parte, en un largo artículo del *Southern Literary Messenger* –esa misma revista de la cual él había comenzado el éxito–, que nunca la pureza, lo acabado de su estilo, nunca la nitidez de su pensamiento, nunca su ardor en el trabajo fueron alterados por ese terrible hábito; que la confección de la mayor parte de sus excelentes trozos ha precedido o seguido a una de sus crisis; que después de la publicación de *Eureka*, se sacrificó deplorablemente a su inclinación, y que en Nueva York, la mañana misma en que aparecía *El Cuervo*, mientras que el nombre del poeta estaba

en todas las bocas, él atravesaba Broadway trastabillando ignominiosamente. Observen que las palabras *precedido* o *seguido* implican que la ebriedad podía servir tanto de excitante como de reposo.

Ahora bien, es incontestable que, semejantes a esas impresiones fugitivas y tocantes, tanto más tocantes en sus regresos cuanto más fugitivas son, que siguen a veces a un síntoma exterior, esa especie de advertencia como una campanada, una nota musical o un perfume olvidado, y que son ellas mismas seguidas por un acontecimiento semejante a un acontecimiento ya conocido y que ocupaba el mismo lugar en una cadena anteriormente revelada –semejantes a esos singulares sueños periódicos que frecuentan nuestras noches–, hay en la ebriedad no solamente encadenamientos de sueños, sino series de razonamientos, que tienen necesidad, para reproducirse, del medio que les dio nacimiento. Si el lector me ha seguido sin repugnancia, ya ha adivinado mi conclusión: creo que, en muchos casos, no por cierto en todos, la ebriedad de Poe era un medio mnemónico, un método de trabajo, método enérgico y mortal, pero apropiado a su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido a beber, como un literato cuidadoso se ejercita en llevar cuadernos de notas. No podía resistir al deseo de volver a encontrar las visiones maravillosas o espantosas, las concepciones sutiles que había descubierto en una tempestad precedente: eran viejos conocidos que lo atraían imperativamente, y, para reanudar relaciones con ellos, tomó el camino más peligroso, pero el más directo. Una parte de lo que hoy nos regocija es lo que le ha matado.

IV

De las obras de ese singular genio tengo poco que decir; el público hará ver lo que piensa. Me sería difícil, quizá, pero no imposible desentrañar su método, explicar su procedimiento, sobre todo en la parte de sus obras cuyo principal efecto yace en un análisis bien combinado. Podría introducir al lector en los misterios de su fabricación, extenderme largamente sobre esa porción de genio norteamericano que lo hace regocijarse ante una dificultad vencida, ante un enigma develado, ante un desafío superado, que lo impulsa a jugarse con una voluptuosidad infantil y casi perversa en el mundo de las probabilidades y de las conjeturas, y a crear *mentiras* a las cuales su arte sutil ha dado una vida verosímil. Nadie negará que Poe sea un titiritero maravilloso, y sé que él daba sobre todo su estima a otra parte de sus obras. Tengo algunas observaciones más importantes que hacer, por otra parte muy breves.

No es por sus milagros materiales, que no obstante han hecho su renombre, que le será dado conquistar la admiración de las gentes que piensan, es por su amor a lo Bello, por su conocimiento de las condiciones armónicas de la belleza, por su poesía profunda y lastimera, trabajada sin embargo, transparente y correcta como una joya de cristal, por su admirable estilo, puro y extraño, apretado como las mallas de una armadura, complaciente y minucioso, y cuya más ligera intención sirve para impulsar dulcemente al lector hacia

un fin querido, y en fin sobre todo por ese genio totalmente especial, por ese temperamento único que le ha permitido pintar y explicar, de una manera impecable, sorprendente, terrible, *la excepción en el orden general*. Diderot, para tomar un ejemplo entre cien, es un autor sanguíneo; Poe es el escritor de los nervios, y aún de algo más, y el mejor que yo conozca.

En él, toda entrada en materia es atrayente sin violencia, como un torbellino. Su solemnidad sorprende y tiene el espíritu en vela. Se siente primero que se trata de algo grave. Y lentamente, poco a poco, se desarrolla una historia de la cual todo el interés reposa sobre una imperceptible desviación del intelecto, sobre una hipótesis audaz, sobre un dosaje imprudente de la Naturaleza en la amalgama de las facultades. El lector, ligado por el vértigo, es constreñido a seguir al autor en sus seductoras deducciones.

Ningún hombre, repito, ha narrado con mayor magia las *excepciones* de la vida humana y de la naturaleza: los ardores de curiosidad de la convalecencia; los fines de temporada cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, donde el viento del Sud debilita y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, donde los ojos se colman de lágrimas que no vienen del corazón; la alucinación dejando primero lugar a la duda, pronto convencida y razonadora como un libro; el absurdo instalándose en la inteligencia y gobernándola con una espantosa lógica; la histeria usurpando el lugar de la voluntad; la contradicción establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado al punto de expresar el

dolor por la risa. Analiza lo que hay de más fugitivo, sopesa lo imponderable, y describe, con esa manera minuciosa y científica cuyos efectos son terribles, todo eso imaginario que flota alrededor del hombre nervioso y lo lleva a mal.

El ardor mismo con el cual se arroja en lo grotesco por el amor de lo grotesco y en lo horrible por el amor de lo horrible, me sirve para verificar la sinceridad de su obra y el acuerdo del hombre con el poeta. Ya he señalado que, en muchos hombres, ese ardor era muy a menudo el resultado de una vasta energía vital desocupada, a veces de una porfiada castidad y también de una profunda sensibilidad rechazada. La voluptuosidad sobrenatural que el hombre puede experimentar al ver correr su propia sangre, los movimientos repentinos, violentos, inútiles, los grandes gritos arrojados al aire, sin que el espíritu haya gobernado la garganta, son fenómenos a alinear en el mismo orden.

En el seno de esta literatura donde el aire es enrarecido, el espíritu puede experimentar esa vasta angustia, ese temor pronto a las lágrimas y ese malestar del corazón que habitan los lugares inmensos y singulares. Pero la admiración es más fuerte, ¡y por otra parte el arte es tan grande! Los fondos y los accesorios están allí apropiados al sentimiento de los personajes. Soledad de la naturaleza o agitación de las ciudades, todo es allí descrito nerviosamente y fantásticamente. Como nuestro Eugène Delacroix, que ha elevado su arte a la altura de la gran poesía, a Edgar Poe le gusta agitar sus figuras sobre fondos violáceos y verdosos donde se revelan la fosforescencia de la podredumbre y el olor de la tormenta. La naturaleza llamada inanimada participa de

la naturaleza de los seres vivos, y, como ellos, se estremece con un estremecimiento sobrenatural y galvánico. El espacio es profundizado por el opio; el opio da un sentido mágico a todas las tintas, y hace vibrar todos los ruidos con más significativa sonoridad. A veces, escapadas magníficas, tragos de luz y de color, se abren repentinamente en sus paisajes, y se ve aparecer en el fondo de sus horizontes ciudades orientales y arquitecturas, vaporizadas por la distancia, donde el sol arroja lluvias de oro.

Los personajes de Poe, o mejor el personaje de Poe, el hombre de facultades sobreagudas, el hombre de nervios relajados, el hombre cuya voluntad ardiente y paciente arroja un desafío a las dificultades, aquel cuya mirada es tendida con la rigidez de una espada sobre objetos que crecen a medida que los mira, es Poe mismo. Y sus mujeres, todas luminosas y enfermas, muriendo de extraños males y hablando con una voz que se parece a una música, son también él; o al menos, por sus aspiraciones inusuales, por su saber, por su melancolía incurable, ellas participan fuertemente de la naturaleza de su creador. En cuanto a su mujer ideal, a su Titánida, se revela bajo diferentes retratos, esparcidos en sus poemas muy poco numerosos, retratos, o más bien maneras de sentir la belleza, que el temperamento del autor aproxima y confunde en una unidad vaga pero sensible, y donde vive más delicadamente quizá que en otra parte ese amor insaciable de lo Bello, que es su gran título, es decir, el resumen de sus títulos a la afección y al respeto de los poetas.

Reunimos bajo el título *Historias extraordinarias*

diversos cuentos elegidos en la obra personal de Poe. Esa obra se compone de un número considerable de relatos, de una cantidad no menos fuerte de artículos críticos y de artículos diversos, de un poema filosófico (*Eureka*), de poemas, y de una novela puramente humana (*Las Aventuras de Arthur Gordon Pym*). Si encuentro todavía, como lo espero, la ocasión de hablar de este poeta, daré el análisis de sus opiniones filosóficas y literarias, así como generalmente obras cuya traducción completa tuviera pocas chances de éxito entre un público que prefiere mucho la diversión y la emoción a la más importante verdad filosófica.

Dos documentos

El jueves 13 de marzo de 1856, un poco antes de las cinco de la mañana, al hacer ruido con un mueble, Jeanne Duval despierta a Baudelaire. A quien el sueño que acaban de interrumpir le resulta tan raro como para sentir la irreprimible necesidad de contárselo en detalle a su gran amigo, Charles Asselineau, en una carta que se pone a escribir de inmediato. Contamos así con un documento tan tocante como estremecedor: un sueño con fecha, narrado por su protagonista. Sería suficiente para volverlo riquísimamente invalorable, especialmente por tratarse de quien se trata: un autor en cuya obra los sueños han tenido un rol fundamental. Pero a ello se añade un contexto no menos estremecedor: recién en ese día que comienza, Baudelaire iba a recibir ejemplares de su primera obra literaria publicada, que desde siempre ansiaba ofrecer a su distante y fría madre como reivindicación de su entero destino. Y ese libro, doblemente sintomático, *Histoires extraordinaires*, es además la primera traducción de Poe, un artista con el cual se sentirá ineludiblemente identificado, y a quien en el mismo prólogo de esa obra va a relacionar con el otro gran fantasma de su vida: Gérard de Nerval. No es por azar que de ese sueño tan misterioso y tan misteriosamente documentado haya surgido uno de los libros más singulares sobre este singular autor: *Histoire extraordinaire*, de Michel Butor (Gallimard, París, 1961), que se abre y se entrelaza, enriqueciéndose, en las más diversas aunque siempre concomitantes direcciones, pero autodefiniéndose en forma sintomática como "ensayo sobre un sueño de Baudelaire". En testimonio irrefutable de la hondura con que todo esto caló en la personalidad del gran poeta de

Les fleurs du mal, baste ese otro indeleble documento de su amigo Catulle Mendès, recordando una estremecedora noche que pasaron juntos en 1865. Las conclusiones, inevitables y nunca definitivas, permanecen abiertas.

CARTA A CHARLES ASSELINEAU

Jueves, 13 de marzo de 1856

Mi querido amigo,

Puesto que los sueños le divierten, he aquí uno que, estoy seguro, no le disgustará. Son las cinco de la mañana, hace mucho calor. Note que no es sino una de las mil muestras de los sueños por los cuales soy asediado, y no tengo necesidad de decirle que su singularidad completa, su carácter general que es ser absolutamente extraños a mis ocupaciones o a mis aventuras pasionales, me llevan siempre a creer que son un lenguaje jeroglífico del cual no tengo la clave.

Eran (en mi sueño) las dos o las tres de la mañana, y yo me paseaba solo por las calles. Encuentro a Castille, que tenía, creo, muchas compras que hacer, y le digo que la acompañaré y que aprovecharé el coche para hacer una compra personal. Tomamos pues un coche. Yo considera-ba como un *deber* ofrecer a la dueña de una gran casa de prostitución un libro mío que acababa de aparecer. Al mirar mi libro, que yo tenía en la mano, *ocurrió* que era un libro obsceno, lo que me explicó la *necesidad* de ofrecer esa obra a esa mujer. Además, en mi espíritu, esa necesidad era en el fondo un pretexto, una ocasión de acostarme, de paso, con una de las muchachas de la casa: lo que implica que, sin la necesidad de ofrecer el libro, yo no hubiera osado ir a una casa semejante.

No digo nada de todo eso a Castille, hago detener el coche a la puerta de esa casa, y dejo a Castille en el coche, prometiéndome no hacerla esperar mucho.

Tan pronto como hube llamado y hube entrado, advierto que mi p... colgaba por la hendidura de mi pantalón desabotonado, y juzgo que es indecente presentarme así aun en un sitio semejante. Además, sintiéndome los pies muy mojados, noto que tengo *los pies descalzos*, y que los he posado en un charco húmedo, al comienzo de la escalera. ¡Bah!, me digo, los lavaré antes de hacer el amor, y antes de salir de la casa. Subo. A partir de ese momento, ya no se hace más cuestión del libro.

Me encuentro en vastas galerías, que comunican entre sí, –mal iluminadas, de un carácter triste y ajado–, como los viejos cafés, los antiguos gabinetes de lectura o las viles casas de juego. Las muchachas, esparcidas a través de esas vastas galerías, conversan con hombres, entre los cuales veo colegiales. Me siento muy triste y muy intimidado; temo que vean mis pies. Los miro, noto que hay uno que lleva un zapato. Algún tiempo después, reparo en que los dos están calzados. Lo que me asombra es que las paredes de esas vastas galerías están adornadas con dibujos de todas clases, enmarcados. Todos no son obscenos. Hay incluso dibujos de arquitectura y figuras egipcias. Como me siento de más en más intimidado, y no oso abordar a una muchacha, me divierto examinando minuciosamente todos los dibujos.

En una parte alejada de una de esas galerías, encuentro una serie muy singular. En una multitud de pequeños cuadros, veo dibujos, miniaturas, pruebas fotográficas. Representan pájaros coloreados, con plumajes muy brillantes, cuyo ojo

está vivo. A veces, no hay más que mitades de pájaros. Representan a veces imágenes de seres extraños, monstruosos, casi amorfos, como aerolitos. En un rincón de cada dibujo, hay una nota: la muchacha tal, con años de edad, ha dado a luz este feto, en tal año. Y otras notas por el estilo.

Se me ocurre reflexionar que ese género de dibujos es bien poco adecuado para dar ideas de amor. Otra reflexión es ésta: no hay verdaderamente en el mundo más que un solo diario, y es *El Siglo*, que pueda ser tan bruto como para abrir un prostíbulo, y poner allí al mismo tiempo un museo de medicina. En efecto, me digo de pronto, es *El Siglo* el que ha puesto los fondos para esta especulación de burdel, y el museo de medicina se explica por su manía de *progreso*, de *ciencia*, de *difusión de las luces*. Entonces, reflexiono que la estupidez y la tontería modernas tienen su utilidad misteriosa, y que, a menudo, lo que ha sido hecho para el mal, por una mecánica espiritual, gira hacia el bien.

Admiro en mí mismo la precisión de mi espíritu filosófico. Pero, entre todos esos seres, hay uno que ha vivido. Es un monstruo nacido en la casa y que se mantiene eternamente sobre un pedestal. Aunque vivo, forma parte entonces del museo. No es feo. Su figura es incluso linda, muy curtida, de un color oriental. Hay en él mucho de rosa y de verde. Se mantiene acurrucado, pero en una posición rara y contorsionada. Hay además algo negruzco que gira muchas veces alrededor de sus miembros, como una gruesa serpiente. Le pregunto qué es: me dice que es un apéndice monstruoso que le parte de la cabeza, algo elástico como el caucho, y tan largo, tan largo, que, si lo enrollara sobre su cabeza como un rodete, sería mucho más pesado y absolutamente imposible

de llevar: que, desde entonces, está obligado a llevarlo alrededor de sus miembros, lo que, por otra parte, causa un efecto más bello. Converso largamente con el monstruo. Me informa sus fastidios y sus pesares. Hace muchos años que está obligado a mantenerse en esa sala, sobre ese pedestal, por la curiosidad del público. Pero su principal fastidio es a la hora de comer. Tratándose de un ser vivo, está obligado a comer con las muchachas del establecimiento –de caminar vacilante, con su apéndice de caucho, hasta el comedor–, donde tiene que mantenerlo enrollado a su alrededor, o colocarlo como un paquete de cuerdas sobre una silla, porque, si lo dejara arrastrar por tierra, eso le volcaría la cabeza hacia atrás.

Además, está obligado, él pequeño y encogido, a comer al lado de una muchacha grande y bien hecha. Me da por otra parte todas esas explicaciones sin amargura. No oso tocarlo, pero me intereso en él.

En ese momento (eso ya no es del sueño), mi mujer hace ruido con un mueble en el cuarto, lo que me despierta. Me despierto fatigado, roto, molido en la espalda, las piernas y las caderas. Presumo que dormía en la posición contorsionada del monstruo.

Ignoro si todo eso le parecerá tan grotesco como a mí. Al buen Minet no le sería fácil, supongo, encontrar allí una adaptación moral.

Totalmente suyo:

Ch. Baudelaire

UNA NOCHE CON BAUDELAIRE (1865)

"De golpe, pero con una voz contenida, casi no articulada, con una voz de confidencia: '¿Ha conocido a Gérard de Nerval?' 'No', le dije. Él continuó: 'No estaba loco. Pregúntele a Asselineau. Asselineau le explicará que Gérard no estuvo nunca loco: sin embargo se ha suicidado, se ha ahorcado. Usted sabe, a la puerta de un tabuco, en una calle infame. ¡Ahorcado, se ha ahorcado! ¿Por qué eligió, decidido a morir, la vileza de ese lugar y de un pingajo alrededor del cuello? Hay venenos sutiles, acariciantes, ingeniosos, gracias a los cuales la muerte comienza por la alegría, al menos por el sueño...' Yo no decía nada, no osaba hablar. '¡Pero no, no', continuó él, alzando la voz, casi gritando, 'no es verdad, no se ha matado, no se ha matado, se han engañado, han mentido! ¡No, no, no estaba loco, no estaba enfermo, no se ha matado! ¡Oh!, ¿no es así?, ¡va a decirle, va a decirle a todo el mundo que no estaba loco, y que no se ha matado, prométame decir que no se ha matado!' Yo prometí todo lo que quería, temblando, en las tinieblas. Cesó de hablar. Pensaba en ir a la cama para acostarme, descansar un poco. No me movía, con miedo de golpear algún mueble, y, también, esperaba no sé qué. De pronto un sollozo estalló, sordo, contenido, como de un corazón que revienta bajo un gran peso. Y no hubo más que un solo sollozo. El miedo me apretó en la inmovilidad. Estaba quebrado, cerraba los ojos para no ver la sombra, delante de mí, en el espejo...

Cuando me desperté, Baudelaire ya no estaba allí...".

Catulle Mendès

Apéndice

CRÍTICOS DE BAUDELAIRE

Rencores literarios
graves agravios grávidos
pequeñeces sin sangre
sombra semen sudor
miserables miserias
gigantes de lo bajo
ciegos cerebros torpes
corazón amarillo
resollando en su barro

Plumas de plomo plano
promotores cambistas
urdiendo maniobrando

Un artista del hambre
sabrá resplandecer

Rodolfo Alonso

Sobre el traductor

RODOLFO ALONSO. Poeta, traductor y ensayista argentino, nacido en Buenos Aires a fines de 1934. Es una de las voces más reconocidas de la poesía latinoamericana contemporánea. Fue el más joven de la célebre revista de vanguardia *Poesía Buenos Aires*. Publicó más de veinticinco libros, la mayoría de poemas pero también de ensayo y narrativa. Primer traductor de Fernando Pessoa en América Latina. Tradujo también a muchos otros importantes autores del francés, italiano y portugués, entre ellos Pavese, Ungaretti, Éluard, Dorfles, Marguerite Duras, Montale, Drummond de Andrade, Prévert, Dino Campana, Apollinaire, Baudelaire, Murilo Mendes, Manuel Bandeira, Rosalía de Castro, Paul Valéry, Olavo Bilac, Mallarmé, André Breton, etc. Antologías de su obra poética fueron publicadas en Bélgica, Colombia, España, México, Venezuela, Francia, Brasil, Italia, Cuba y Chile. Escribió textos para cine, como el célebre cortometraje *Faena* (1960). Premio Nacional de Poesía (1997). Orden "Alejo Zuloaga" de la Universidad de Carabobo (Venezuela, 2002). Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (2004). Palmas Académicas de la Academia Brasileña de Letras (2005). Premio Único de Ensayo Inédito de la Ciudad de Buenos Aires (2005). Premio Festival Internacional de Poesía de Medellín (Colombia, 2006). En Venezuela se han publicado sus libros *Canto hondo* antología (Universidad de Carabobo, Valencia 2002) y el *Arte de callar* (Fundación Editorial El Perro y la Rana, Caracas 2009).

Índice

Prólogo “En Baudelaire”, por Rodolfo Alonso 9

Poema de Stéphane Mallarmé
Le tombean de Charles Baudelaire 14
La tumba de Charles Baudelaire 15

Las flores del mal
Correspondances 20
Correspondencias 21
Les phares 22
Los faros 23
Bohémiens en voyage 26
Bohemios en viaje 27
La beauté 28
La belleza 29
Les bijoux 30
Las joyas 31
Je´t´ adore a` l´égal de la voûte nocturne… 34
Yo te adoro al igual que la nocturna bóveda 35
Sed non satiata 36
Sed non satiata 37
De profundis clamavi 38
De profundis clamavi 39
Remords posthume 40
Remordimiento póstumo 41
Ciel brouillé 42
Cielo nublado 43

La musique 44
La música 45
La destruction 46
La destrucción 47
Le reniement de saint Pierre 48
La negación de san Pedro 49
Le vin des amants 52
El vino de los amantes 53
La mort des pauvres 54
La muerte de los pobres 55
La fin de la journée 56
El fin de la jornada 57
Le goût du néant 58
El gusto de la nada 59
Les aveugles 60
Los ciegos 61
Recueillement 62
Recogimiento 63

Pequeños poemas en prosa
L'étranger 68
El extranjero 69
Un plaisant 70
Un bromista 71
Le chien et le flacon 72
El perro y el frasco 73
Lequelle est la vraie? 74
¿Cuál es la verdadera? 75
Le miroir 76
El espejo 77

Le port 78
El puerto 79

Historias extraordinarias
Vida y obras de Edgar Poe 85

Dos documentos
Carta a Charles Asselineau 121
Una noche con Baudelaire (1865) 125

Apéndice
Críticos de Baudelaire, por Rodolfo Alonso 129
Sobre el traductor 133

Edición digital
abril de 2017
Caracas, Venezuela

Es precisamente en Baudelaire en donde el simbolismo como movimiento poético halla a su hijo más vivaz y temerario. El poeta construirá su obra precisamente sobre las bases de este movimiento que de alguna manera emergía y encontraba sus fuerzas en el romanticismo que ya languidecía por la falta de creatividad. La poética de Baudelaire es el contorno silencioso que irrumpe con la textura del nácar y la premura del lirio en los abismos amarillentos.

Quizás en el último rapto de lucidez que la sífilis le permitió, Baudelaire fue el cancerbero apocado de su propia poesía que se negaba a ser sol y pan y sólo buscaba ser pétalos marchitos y podredumbre. Tal vez su poesía nazca de la impronta alelada de los cientos de copas de ajenjo que quemaron sus labios y encendieron su pluma febril. Trastabillando en Montparnasse, elude el poeta todo menos la palabra encendida del fuego feroz de la bohemia, siguiendo el rumbo con la bitácora sonmolienta de su propio infierno de dulzura y transparencia. Esta selección de textos (realizada por el poeta argentino Rodolfo Alonso) del parisino Baudelaire será un misal para ovacionar a los dioses que se bataquean en la calle y en el bar, en la sombra y en la intemperie. Será un cancionero ruin de la música de los cielos rotos y de la carne agonizante.

9 789801 437369

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR